

La Ilustración Artística

AÑO XXVIII

← BARCELONA 15 DE MARZO DE 1909 →

NÚM. 1.420



EL REY SIN CORONA DE LA AMÉRICA DEL NORTE

Mr. Taft, sucesor de Mr. Roosevelt en la presidencia de la República de los Estados Unidos

El día 4 de los corrientes tomó posesión de su cargo el nuevo presidente de la República norteamericana. Se calcula que las cantidades gastadas con motivo de la ceremonia inaugural de la nueva presidencia ascienden á más de un millón de libras esterlinas. Entre las partidas que, según el *Daily Telegraph*, forman este total, figuran como más importantes: billetes de ferrocarril, 600.000 libras; manutención y alojamiento de 220.000 forasteros, 320.000; asientos y sitios para presenciar el desfile del cortejo presidencial, 50.000; entradas al baile público, 10.000; iluminación y decorado, 8.000; policía extraordinaria, 5.000, etc.

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *¡Están verdes!*, por Rafael Vehils. — *Costumbres bretonas. Bodas en Plougastel-Doulás.* — *Actualidades parisienses. Inauguración del monumento á Floquet.* — *El conflicto austro-serbio.* — *Espectáculos.* — *Ladrón de amor*, novela ilustrada (continuación). — *La ópera «Salomé»*, de Ricardo Strauss, en Nueva York.

Grabados. — *El rey sin corona de la América del Norte, Mr. Taft.* — *¡Están verdes!*, cuadro de C. Vázquez. — *En el terruño.* — *En el corral*, cuadros de A. Plá y Rubio. — *Costumbres bretonas. Bodas en Plougastel Doulás*, lámina compuesta de cinco reproducciones fotográficas. — *Inauguración del monumento á Floquet en París.* — *Daños causados en varias estatuas de los Jardines del Luxemburgo.* — *El príncipe heredero de Serbia arrojando al pueblo de Belgrado.* — *Regimiento de estudiantes serbios.* — Revista de infantería serbia. — *El rey de Serbia Pedro I Karageorgewitch.* — *Payesa mallorquina.* — *Payés mallorquín.* — *Regreso de la romería*, cuadros de C. de Quirós. — *Roma. Monumentos al rey Víctor Manuel.* Bocetos para el «Altar de la patria», de Arturo Dazzi y de Angel Zanelli. — *El explorador Sven Hedin.* — *La ayunadora Clara de Servat.* — *Roma. Los reyes de Italia saliendo de la Exposición de Bellas Artes.* — *Decoración de la ópera «Salomé» en el teatro Manhattan.* — *Mary Garden en la ópera «Salomé».* — *Nikula y Selianinowitch*, pintura de Miguel Wrubel. — *Madrid. El general D'Amade en la embajada de Francia.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Los periódicos hablan estos días de las gestiones verificadas para conceder una pensión, á cargo del Estado, á la viuda del gran poeta Zorrilla, que se encuentra en la estrechez, á la avanzada edad de setenta y seis años. La idea, lanzada en el Senado por el Sr. D. Federico de Loygorri, patrocinada por varios senadores de diversos colores políticos, bien acogida por la prensa (aunque nunca es de esperar que se hable de estas cosas con la profusión de detalles que, por ejemplo, se habla de la bella *Guerrito*), está en camino de llegar á ser una realidad, pues parece natural que tampoco encuentre obstáculos en el Congreso. Cuando se haya votado definitivamente, volveré á decir algo sobre este asunto de la pensión á mis lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Entre tanto, Zorrilla, por *Margarita la Tornera*, es relativa actualidad, y también, me atrevo á añadir, lo es en parte por unos artículos míos, destinados á un nuevo tomo de *Retratos y apuntes literarios*, y que han visto la luz en la revista matritense *La Lectura*.

El caso de mis artículos es, como se dice en Francia, *piquant*, ó, como nosotros diríamos, chusco, aunque la palabra no exprese bien los matices de la idea que envuelve el adjetivo francés. Aquí donde rara vez se hace crítica retrospectiva, y donde no se «pierde» tiempo en ahondar estudios biográficos de los grandes hombres; aquí, donde no hemos tenido un Taine, ni un Sainte Beuve, ni un Lemaitre, natural parecería que por lo menos se mirase con benevolencia á los que intentan algo que pueda contribuir á que esas figuras insignes de la patria literatura sean ó mejor conocidas ó menos puestas en olvido. Tal fué el modesto propósito que guió mi pluma al trazar los estudios biográficos y críticos de Campoamor, Núñez de Arce, Gabriel y Galán, Valera, el Padre Coloma, etc.; y el mismo me animó al emprender el del autor de *Don Juan Tenorio*. He visto por experiencia que muchos extranjeros que quisieran documentarse sobre la literatura española contemporánea del siglo xx, y no tienen tiempo ni posibilidad de emprender investigaciones por cuenta propia, preguntan con afán si existen aquí libros análogos á otros que incesantemente aparecen en Francia, Inglaterra y Alemania, donde con datos fáciles de obtener cuando están recientes los sucesos (y que transcurrido cierto período ya nadie logra allegar), se estudia á las magnas personalidades literarias y artísticas, y se hace destacar en ellas la individualidad, aquello en que nos diferenciamos los unos de los otros y que es, por lo tanto, lo más interesante de nuestra psicología. Y me consta igualmente que los extranjeros generalmente no encuentran nada de eso que buscan para orientarse, y se quedan confusos, no explicándose cómo es posible tener fama y admiradores, y no tener biografía, ni semblanza, ni crítica, ni nada concreto y positivo que conserve el recuerdo y la huella de un carácter, de una reputación, de un poeta, de un escritor, de un autor célebre.

Desde el *Nuevo Teatro Crítico* vengo haciendo algo para remediar esta deficiencia tan notada. Claro es que tropecé con los escollos que ha de sortear el que traza la biografía—extensa ó compendiosa—de personas que ó viven aún ó se han muerto ayer mismo. Campoamor y el Padre Coloma conocieron la suya en tiempo hábil, y hubiesen podido dirigirme observaciones, que yo hubiese tomado en cuenta al publicar el libro. Nadie encontró nada extraño en lo que escribí de Alarcón, Galán, Valera, etc. Al poner mano en el estudio de Zorrilla (aparte de que ya iban corridos quince años desde su muerte, y cada

año que transcurre da mayor libertad á la pluma del biógrafo), me prestaba completa seguridad de no errar el hecho de tener á mi disposición lo que no tuve en los demás escritores: un abundante caudal de noticias autobiográficas. Nada menos que tres tomos, los *Recuerdos del tiempo viejo*, y varios prólogos y artículos en verso y prosa ha consagrado Zorrilla á tratar de sí mismo, y debí creer que bebido en esta fuente, nadie supondría que yo trataba á Zorrilla ni mal ni bien, sino tal cual se trató él á sí propio. Por el recelo de no acertar completamente, á pesar de referencias tan autorizadas como las autobiográficas, me apresuré á advertir en los primeros párrafos de mi trabajo, no sólo que me fundaba en el mismo Zorrilla, sino que reclamaba, de las personas de buena voluntad, me enviasen noticias y datos y la corrección de los errores que pudiesen deslizarse en mi estudio. Sobre tan sólida base afianzada, creí poseer garantías de acierto y que no se me imputarían inexactitudes.

Y en efecto, nadie me las imputó. ¡En eso estaban pensando! Para rectificar hechos, es preciso leer, romperse la cabeza, ejercicio altamente perjudicial á la salud. No; era más sencillo afirmar que yo calumniaba la memoria del poeta, que yo le ponía como chupa de dómine, que yo recogía las especies injuriosas de la murmuración, salpicándole del tan socorrido cieno. Y pregunto: los que estampen estas afirmaciones, ¿habrán leído los *Recuerdos*? ¿Habrán leído mis artículos siquiera?

Bien puede asegurarse que no. Ni me coge de nuevas el caso. En otras ocasiones, siempre que unos cuantos señores tuvieron la comodidad de molestarse por escritos míos, recibí numerosísimas cartas que principiaban así: «He oído que ha escrito usted...» Raro parece que sus admiradores de profesión tengan olvidada la autobiografía del poeta..., raro, sí..., pero innegable. No se concibe, si no, que se indignen al encontrar en mi estudio rasgos biográficos y giros y frases que en los *Recuerdos* constan. Y cuando el poeta refirió de sí propio tales rasgos, nadie pensó en escandalizarse.

Ha sido preciso que yo los recogiese, á la vuelta de tres lustros y sin comentarios, para que salgan gritando que presento á Zorrilla como un pillo, y soy una calumniadora de su memoria ilustre.

¿Qué dirían si yo no me fundase en confesiones personales del poeta?

Lo que consigné sobre Zorrilla, fundándome en sus confesiones, no reviste la gravedad que pudieran hacer suponer tantas alharacas. A la verdad, si la biografía de un poeta romántico se pareciese á la de un buen señor vulgar, yo la encontraría bien sosa; y es una de las razones porque los recuerdos autobiográficos del autor del *Tenorio* me interesan infinito. Zorrilla escribió con bastante franqueza, sin pintarse perfecto, é hizo bien. Sin llegar al cinismo de Juan Jacobo Rousseau, gusta que la humanidad aparezca, y la verdad es siempre más bella que los panegíricos.

No pudo nunca cruzar por mi imaginación la idea de aprovechar para la biografía de Zorrilla sino materiales de pública notoriedad. Para recoger lo que á veces se oye en conversación corriente, pero que no está comprobado, es temprano; aun cuando el poeta no ha dejado hijos, ni parientes colaterales, por bastantes años creo yo que se impondrá el criterio de atenerse á la autobiografía. Y así lo he practicado; y convéngase en que tiene gracia que por repetir de Zorrilla lo que él dejó consignado en letras de molde, se alborote el cotarro y sea yo un pájaro muy siniestro, muy funesto para la gloria póstuma del autor de *Margarita la Tornera*.

Y lo peor, ¿no saben ustedes?, es que lo hago por móviles de venganza. A la vuelta de quince años, conservo con terrible fidelidad la memoria de unas chirigotas que me dedicó Zorrilla, y las castigo en esta forma, difamándole ante la posteridad. En otro lugar, con más espacio y al completar mi estudio sobre el poeta (del cual sólo ha visto la luz la parte biográfica y no la crítica), tendré ocasión de recordar estas chirigotas, *boutades* ó desplantes perfectamente en armonía con la índole y complejión psicológica de Zorrilla, y cuyo origen era un sentimiento frecuente en el declinar de la vida, cuando se ha llegado á obtener la gloria y se miran con involuntaria prevención las reputaciones nuevas.

Lo que no debo omitir es que soy de las personas que han dado á Zorrilla, en vida y en muerte, más claros testimonios de respeto á su talento, de admiración, de reconocimiento explícito de su valer. Cuando Zorrilla regresó de América á España, siendo yo niña, mi saludo fué uno de los primeros: y no se crea que recibí tantos: lo sabemos por sus referencias, en el prólogo al *Drama del alma*. Cuando visitó la Coruña, después de preliminares que dejaron bien establecida la consideración que yo le guar-

daba, le ofrecí en mi casa una fiesta digna de un rey... de la poesía. Cuando murió, mi artículo del *Nuevo Teatro Crítico* fué un monumento, una apotheosis. Ahí está, para que no lo lean... ¿Pero es que algo se lee? Días después de su fallecimiento, me atrevo á decir que á mis gestiones se debió que recibiese la viuda una suma, premio de un certamen... Poco después, y en distintas ocasiones, eché á volar la idea (que no encontré apoyo, pero no es mía la culpa) de elevar un monumento al Romanticismo español, coronado por el busto de Zorrilla. Luego, pareciéndome que no se puede hacer mayor favor á un muerto ilustre que refrescar su recuerdo—¡la araña del olvido es tan buena labradora por acá,—dí principio á mi trabajo biográfico crítico. Yo no escribo crítica ni biografía póstumas sino de los muy altos. Y ahora, ahora mismo, cuando me suponen tomando venganzas, la casualidad hace que yo pueda haber dado una nueva prueba, ó mejor dicho, varias, de mi respeto efectivo, activo, á la gloria del poeta. Como curioso, es curioso el caso.

No alardeo de generosidad. Yo no dí la menor importancia á los alfilerazos de Zorrilla. Los olvidé por completo, sin esfuerzo alguno. Zorrilla muchas veces no era ni consciente de lo que decía. Parecía complacerse en una malevolencia infantil. ¿Qué resentimientos, qué móviles le indujeron, verbigracia, á tratar á Larra de *malvado*? Sobre la tumba de Larra se había hecho célebre en un instante Zorrilla. Larra no era un malvado, ni lo será porque se lo llame Zorrilla en verso. No hay que dar á los gorjeos del ave tanta trascendencia. Nunca tomé en serio á Zorrilla, ni le tomaba nadie, excepto en el terreno artístico, poético, romántico y legendario, en el cual hay que inclinarse profundamente ante

«el que mató á don Pedro, el que salvó á don Juan»

No estoy segura (á pesar de estos celadores de su honra póstuma que le han salido) de que ni Zorrilla, ni, por desgracia, ningún genio español, posea una cohorte de admiradores dispuestos á secundar las iniciativas en pro de su fama. Y esta convicción me la sugiere el recuerdo de otra prueba de mi constante benevolencia hacia Zorrilla, que olvidé anotar en la lista anterior. Siendo yo presidente de la Sección de Literatura del Ateneo de Madrid, me enteré de que todavía esta docta Sociedad estaba en deuda con Zorrilla de una velada necrológica, y empecé á dar pasos para organizarla. La quería solemne, con asistencia del gobierno, de los reyes, del alcalde de Valladolid; en suma, á proporción de la figura del muerto. Lo más fácil supuse que fuese encontrar poetas dispuestos á cantar al poeta, literatos que hiciesen la crítica ó el elogio de sus obras. La realidad me desengañó. Mis gestiones, y las de mis compañeros de Junta, se estrellaron contra la absoluta imposibilidad de reunir el contingente necesario para que el homenaje fuese lucido, ó por lo menos decoroso, digno de Zorrilla. Dos temporadas trabajé sin resultado. Esto lo saben todos, en el Ateneo y fuera de él.

Desconfío, pues, de la intensidad de las estériles admiraciones. Para Zorrilla, todo está sin hacer. Ni monumento, ni mausoleo, ni velada, ni estudio crítico serio, documentado, con referencias bibliográficas completas; nada, en suma, de lo que en otros países se consagra á figuras de tanto relieve. Ahí tienen sus apasionados campo abierto y nobilísimo donde ejercitarse. Escriban, trabajen, únense, y crean que, en todo cuanto hagan por la fama de Zorrilla, á su lado me tendrán..., como dijo doña Inés á don Juan, desde su «misma sepultura.»

Con motivo de las gestiones para otorgar la pensión de 6.000 pesetas á la señora viuda, el *Heraldo de Madrid* publicó una *interview* con dicha dama. De ella resultó que, habiendo la Academia regalado á la viuda una edición de *Poesías escogidas* de su esposo, el editor tardó catorce años en cubrir gastos, y la primer liquidación en favor de la viuda, á los catorce años de publicada la obra, importó *siete* pesetas. ¿No confirma este dato triste algo y algos de lo que atrás se insinuó?

Y otra confirmación de mis aserciones la encuentro en unas palabras de un escritor catalán, trasladadas por un periódico de Valladolid, *El Norte*. «*Sembla*—dice—que la comtessa de Pardo Bazán acaba de publicar un artículo ont inicia, valerosament, la reventada del poeta Zorrilla.» Sin responder de la ortografía catalana, pues copio del diario castellano, subrayo el *sembla* y el *un*. «Me parece...» Es evidente que quien así habla no conoce mis dos artículos, y cree que es uno, y crítico, no biográfico, y tampoco puede saber que, como allí digo expresamente, los datos están tomados de las autobiografías del poeta. Y no añado palabra más. ¿Para qué?

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

¡ESTÁN VERDES!, POR RAFAEL VEHILS

(Glosa de un lienzo de Carlos Vázquez.)



- Pero, niño, ¿qué tienes? ¿A qué esas miradas murientes? ¿No venías por higos?

En la espaciosa estancia, de paredes cuidadosamente enjalbegadas, la temblorosa luz de un candil luchaba con la obscuridad, exhalando á trechos, por la tenacidad del enemigo, la débil queja de un chisporroteo tenue, temeroso. Y era porque la paz ambiente del refectorio del cortijo sólo podía rimar en aquel véspero estival con sonidos muelles y suaves como el borbotillo del condumio en el hogar, pero no el borbollear de la mecha al aburarse por el fuego ó la crepitación de una mecha al aburarse. Hubiera sido irrespetuoso.

Mamá Dolores, pequeña y mollejona, salmodiaba lentamente, con la inercia inconsciente del hábito remoto, las partes obligadas de rosario, y en tanto, su mirada, vigilante y movediza—única muestra de la vitalidad activa que bullía en su persona,—no abandonaba un instante la cocción del pote que había de refrigerar en breve los atormentados estómagos de dueños y gañanes al regreso de la huerta.

La trepidación de unos pasos menudos y fuertes en el alto superior de la casa conturbaron el sosiego religioso que acompañaba á la plegaria de la vieja. El rápido descender de los pasos en la sala, entrando con ella el remozar de la juventud, los aleteos invisibles, sutilísimos, de la alegría.

—Basta de rezos, mamá Dolores. Acabe ya, que me da sueño oírlo.

—¡Déjame, hereje! ¿No temes que la Virgen te castigue diciendo tales cosas?

—No, madre. ¡Si la Virgen piensa justamente como yo! Si hablé con Ella endenantes y está alegre, muy alegre, á par que yo. ¿No ve usted que mañana, por ser día de gloria, todo será festivo y sólo se oírán risas y clamor de sonajas y las campanas tañerán sonos de gozo con un din-don jocundo?

Torció el gesto la viejuca, é implorando con el brazo el silencio de la moza, replicó á su explosión de plétora dichosa con un calmoso «¡Luego acabo ya, mujer!» que la impulsó y contuvo.

Dirigióse la muchacha á la vecina mesa, asió una caja de cerillas, dió fuego á una, y guardándola del aire con la mano, encaramóse á la sillita de comolza á encender los velones que estaban colocados delante de la imagen de una «Asunción» enclavada en la hornacina del muro.

Por el ancho portalón, abierto de par en par, la noche agostiza enviaba la tibia caricia de su brisa aromosa y la luna derramaba su suave claridad. El canto acompasado del sapo con sus notas aflautadas y el chirrido estridente de los grillos se percibían distintos y algo tristes. Sobre ellos, la cadencia nostálgica de una canturía de la tierra, emitida en la lejanía por una voz varonil, vibró larga, intensamente.

Mamá Dolores guardó el rosario, de cuentas sobadísimas de olivo, en el amplio bolsillo del haldal. Levantó con trabajo la balumba grasosa de su persona, y encarando la puerta de entrada, avizoró de pronto, de pie en la silla, junto á los velones encendidos en loor de la Virgen, á su hija Carita, soñadores los ojos, ajena toda ella á lo que pasaba á su alrededor.

—¡Virgen!, clamó la anciana sacudida por la risa, ¿hase visto mayor cosa?

Y á seguida, cariñosamente, inquirió:

—¿Y para eso pedía mi niña que acabara el rezo, para encaramarse en una silla y soñar acaso en el novio de espaldas á la Virgen?

—Saltó á esto la moza de su plinto, algo avergonzada de la burla, y alegó tartamudeando:

—No se burlé de mí la mi madre, que son veras y no guasas mis ensueños. ¿No ve que al oír los cantares el corazón se me salta y huye en pos de mi Manuel, el de la voz canora? ¿Qué puede hacer una mujer sino quedarse yerta cuando el corazón se le sale de adentro?..

Afuera, las voces rudas de los gañanes arreando las yuntas se avecinaban por la calzada conducente al cortijo. Salieron las mujeres en demanda de los que llegaban de la faena diaria retozando, y la parla sonora de Juan, el padre y el amo de la hacienda, las alegró los rostros, que bañó la luna con su fresco livor.

—¡Eh, tú, Dolores!.. ¡Carita!.. que por aquí se viene un huésped!

Y el cuerpo membrudo del Sr. Juan surgió de la sombra, seguido de alguien más ágil y menudo, al parecer más joven.

Juntáronse los cuatro personajes, en tanto escardadores y agosteros, entrando en el cortijo, suspendían de una escarpia un inmenso farol, para rematar la faena jornalera con el cuidado de bestias y

aperos de labor; y una vez reunidos, viéronse las caras alegrarse y sendas exclamaciones, bien jocundas, partieron de uno y otro lado.

—¡Tía Dolores!

—¡Virgen la mi madre, si es Perico!

—¡Primo Perico!

—El mismo, Carita.

Y al asentir al llamamiento, quedóse el zagal algo perplejo y acortado.

«¡Dios, qué maja está prima Carita!—pensó.—¡Si parece una Virgen!» rezó casi.

Repuestos los labriegos—dueños y siervos—los sudorosos cuerpos al caricioso soplo del favonio discreto y bien oliente por las flores campesinas, Juan explicó:

Cruzaban el hondón de la Serrana cuando, caballero en su cuártago sardesco enjaezado con cueros, cintas y herrajes—lucientes á la luna,—dió de manos á boca con Perico. Al pronto fué difícil conocerle, «tan fuerte y tan hombre hubo de hallarle en los breves años que no le viera.» E interpelado el mozo, algo confuso por la mimosa contemplación de unos ojos que adivinó ser los de Carita, narró á su vez, á borbotones y atorándose, la peregrina hieira que hubo su padre de enviarlo al cortijo del hermano para gozar las fiestas de la Virgen; ponderó su entusiasmo inmenso en acatar el paterno talante, y enumeró los mil encargos de su madre para las dos mujeres de la zafería.

**

La claridad ortiva del alba se insinuaba.

Una niebla opalina velaba la diafanidad del cielo, y los gayos terciopelos verdegay de los campos aparecían—de cerca vistos—tocados con las lágrimas sutiles del portón la noche vertiera al alejarse.

Chirrió el portón discolamente girando en los goznes cubiertos de herrumbre. Y el Sr. Juan, después de saludar el nuevo día, llamó al sobrino, mientras oteaba los contornos con satisfacción visible por su fertilidad y su lozanía.

—No puedo, tío Juan, clamó adentro el zagal; la prima me pide que la ayude.

Perdióse el viejo en los establos para la requisa de sus bestias y salieron de la casa los dos mozos.

—Mira tú qué bella es el alba, Perico.
 —No puedo, Carita, habiéndote delante.
 —¡Adiós, niño! Aún no asamos... ¡Corteador te haces!
 —¿Te ríes?
 —¿Y tú te ensombreces? ¿Por qué chiquillo?
 —No lo sé, Carita. Soñé esta noche y quedéme atristado.

—¡Ah, vamos! Venía el diablo por ti, sin duda.

—Nada de eso. Soñé en un ángel muy majo, muy majo. Tenía tu cara. Pero no tu cara de ahora. Tenía otra más blanca, más... Como ayer la tuya á la luz de la luna.

—¡Es raro el chico! Y qué, ¿te gusto ahora menos, en pleno día?

—Más, terminó el zagal ávidamente en su ingenuidad casi infantil.

—¿Por qué?

—No sé.

El semblante carnoso y rosado de la joven trascendía á gozo, y de sus labios, mostrando los piñones menudos de los dientes, huía la risa. Perico la fijaba seria, ansiosamente.

Con brusquedad, sin darse cuenta de ello y, sin embargo, poniendo en su pregunta toda el alma, interrogó pidiendo:

—¿Quieres ser mi novia, Carita? Me gustas á mí mucho.

Estalló la moza en jocundos cascabeleos, y satisfecha de su influjo, convino:

—¿Por qué no? Tú también eres ya un buen mozo, Perico.

—Entonces, ¿quieres?

—Ya lo creo! Vas á ver como los dos nos entendemos á las mil maravillas..., como dos novios, si me ayudas un poco en faz de galante caballero.

Y arrastrándolo por el brazo, llevólo dentro y agobiólo con el trajín de la casa en las faenas mañaneras.

Cual lluvia de fuego cernía el sol sus haces luminosos á través del teórico azur. Exhalaba la tierra un vaho caliente, abrasador. Pero el ruido de un venero próximo, brotando chasqueante en fontana y continuando rumoroso en regato hialino, parecía atenuar el ardor y daba al rincón aquel de la huerta trastera del cortijo un sabor de pia mansedumbre y paz.

Mecía los fo'lajes la calda brisa de la hora meridiana, y la pared del casal, al recibir la sombra movable del ramaje, parecía goteada de luz en su albuca de cal.

Bajo el pabellón que el fastigio de la añosa higuera parecía formar, Carita y su novio Manuel—llegado momentos antes al cortijo—habían cobijado su amorosa expansión lejos de la profanación de ojos extraños. Ni tan siquiera le había dado tiempo la mimosa muchacha de dejar en lugar más oportuno las diapreadas alforjas—sagrario de mendrugos y torreznos devorados en la larga peregrinación del camino recorrido—y de la panzuda cantimplora, henchida de un tinto aterciopelado y aromoso como pocos; por lo que, zafándola del hombro, hubo de penderla con la montera y el cayado del corpulento tronco de la higuera.

El diálogo entre ambos amadores era animado, y

á juzgar por los vivos ademanes, fogoso y pasional. Los cuerpos del jayán y de la moza surgían de la verde cortina de la foresta, y la porción de tierra que, velada al sol por el dosel de la higuera, hacía-les de peana, resultaba gaya y fresca con los tonos blancos y rojos de los claveles y el arrebolado matiz de las adelfas que desde sus macetas la florecían.

impulso de la mano adorable, brillaba gozoso y feliz, coronado por undosos cabellos y la mota sangrienta de una adelfa.

El rostro gitano de Perico se contrajo en un rictus de dolor. Bajo la frente morena, que poblaban los cabellos crespos, rebeldes á la opresión del chambergo negro de fiesta, los ojos parpadearon llorosos.

—Pero, niño, ¿qué tienes? ¿A qué esas miradas murientes? ¿No venías por higos?

—No lo sé, Carita, adujo el zagal, á quien ahogó el cruel vislumbre; para ello vine..., pero ya aquí, tan cerca, los he podido ver y... ¡están muy verdes!

Y con la revelación del sollozo, quedó desnuda en su alma blanca la desgarradura feral del amoroso desengaño.

COSTUMBRES BRETONAS. BODAS EN PLOUGASTEL-DOULÁS.

Pocos pueblos han conservado con tanto amor y tanta constancia sus antiguas costumbres y su primitivo idioma ni se han mostrado tan aferrados á sus viejas tradiciones como el pueblo bretón. Hasta tal punto llega ese culto al remoto pasado, que aun siendo como son los bretones eminentemente católicos, todavía en la actualidad se entregan á prácticas puramente paganas, y consultan á las fuentes y á los árboles, creen en la virtud del muérdago y profesan cierta veneración á los dólmenes.

Hablando de ese pueblo ha escrito Chateaubriand: «Dotados de una imaginación viva y sin embargo melancólica, de un humor tan variable como obstinado es su carácter, los bretones se distinguen por su bravura, por su fidelidad, por su espíritu de independencia, por su adhesión á su religión y por su amor á su región. Altivos y sentidos, sin ambición y poco á propósito para la vida cortesana, no desean honores ni empleos. Son amantes de la gloria con tal que no perjudique en nada á la sencillez de sus costumbres, y sólo la buscan en cuanto se conforme con vivir en su hogar como huésped obscuro y complaciente compartiendo los gustos de la familia.»

Una de las costumbres más típicas que han resistido la acción de los siglos es la de las bodas de Plougastel-Doulás, población que, por otra parte, ofrece gran interés desde el punto de vista arqueológico. En aquel pueblo, los habitantes se casan en un mismo día del mes de febrero, y todas las ceremonias y fiestas de la boda se realizan en común.

Este año el número de casamientos así efectuados ha sido de 26: juntas se dirigieron las veintiséis parejas, acompañadas de sus familias, á la iglesia; juntas recibieron la bendición nupcial; juntas oyeron la misa de velaciones, y juntas celebraron el banquete de bodas.

Inútil es decir, tratándose de aquella región, que todas las fiestas, que duraron tres días, revistieron un carácter sumamente pintoresco. A ellas fueron invitados casi todos

los habitantes de Plougastel-Doulás. Como detalle diremos que en los diversos ágapes que se efectuaron se consumieron dos bueyes, diez terneras, veintisiete carneros y varios cerdos, amén de otras vituallas y de las bebidas correspondientes.—P.



En el terruño, cuadro de Alberto Pla y Rubio

Los ojos de la moza se velaban en deleitosa languidez de amor, escuchando la «parla canora» de su Manuel, cuando la voz del Sr. Juan llamó al corteador de la muchacha. Arrancóse el joven al glucoso coloquio, y á su brusco alejamiento alguien trató de ocultarse tras los naranjos del aledaño.

—¿Eres tú, Perico?, gritó Carita. ¿Qué hacías por ahí?

—Nada. Venía por higos, que me encargó mamá Dolores para el yantar.

Y torvo, asomada á los ojos lucientes una ostensible pero ignota pesadumbre, escaló el tronco de la higuera, sentóse en un ramal, y balanceando el cuévano en su diestra, contempló con tristeza á la doncella.

Volvióla la moza la mirada, refractando alegrías y amores, y su cuerpo cimbreño, ceñido por el rosado



En el corral, cuadro de Alberto Pla y Rubio

pañolón á largos flecos, antojábasele á Perico sucesivamente celeste aparición ó hermosa flor de carne. De la espuma inmaculada de la falda, sabiamente aplanchada, surgía el pie menudo, que apoyaba en una silla baja. Y su cara, que empurpurecía los reflejos del abanico bermejo aventando briosamente al



Novias á la puerta de la iglesia.



Comitiva de novios.



Después de la misa de velaciones



Preparativos para el banquete de boda



El banquete de boda

COSTUMBRES BRETONAS.— BODAS EN PLOUGASTEL-DOULÁS. (De fotografías de M. Branger.)

ACTUALIDADES PARISIENSES.—INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO Á FLOQUET

Daños causados en varias estatuas en el Jardín del Luxemburgo



Solemne inauguración del monumento erigido á Carlos Floquet, efectuada el día 7 de los corrientes. (De fotografía de E. Filiatre.)

El día 7 de los corrientes efectuóse en París la solemne inauguración del monumento erigido á la memoria de Carlos Floquet en el ángulo que forman la avenida de la República y el bulevar Richard-Lenoir. Al acto, presidido por el presidente de la República, asistieron el gobierno, representantes del Senado, de la Cámara de Diputados, del Consejo General, del Consejo Municipal y de otras entidades y asociaciones, gran número de personalidades distinguidas y un numeroso público.

Pronunciaron discursos el alcalde del undécimo distrito señor Viet, el presidente del Consejo Municipal Sr. Cherioux, el presidente del Consejo general Sr. Marquet, el prefecto del Sena señor Selves y el presidente del Consejo de Ministros Sr. Clemenceau. La elocuente oración de éste fué un estudio acabado de la personalidad de Floquet y de la época en que se desarrolló su actividad política, ensalzando la obra por él realizada en la prensa, en el foro, en el parlamento y en el gobierno, que tanto ha

contribuido al triunfo y á la consolidación de la República en Francia.

Todos los discursos fueron muy aplaudidos, en particular el del Sr. Clemenceau.

Antes de la inauguración, los socialistas trataron de promover una manifestación de protesta contra

el gobierno y hasta contra el Sr. Fallieres; pero la policía supo imponerse enérgicamente con el aplauso de la inmensa mayoría del público.

Pocos días antes, unos desconocidos penetraron en los jardines del Luxemburgo y ocasionaron grandes desperfectos en el monumento de Scheurer-

Kestner, rompiendo en parte las esculturas y embadurnando con almagre el medallón y dos estatuas. No satisfechos con esto, pintaron en los pedestales de los demás monumentos el famoso número 445, que es una especie de santo y seña del partido realista, y varias inscripciones, tales como «¡Abajo el Senado!» «¡Abajo la Buscona!» «¡Viva el rey!»

Se cree que todos esos actos han sido realizados por el grupo de estudiantes denominado de los *Camelots du Roi*, algunos de los cuales fueron inmediatamente detenidos por la policía.

El hecho ha causado bastante impresión de desagrado en París, y el gobierno parece resuelto á castigar con merecido rigor á los que de él resulten culpables.—S.



En los Jardines del Luxemburgo. Daños causados en varias estatuas

En el fondo se ve el monumento á Scheurer-Kestner, especialmente perjudicado, tapado convenientemente para proceder á su reparación; en primer término, uno de los leones con inscripciones realistas. (De fotografía de J. Theodoresco.)

EL CONFLICTO AUSTRO-SERBIO. (De fotografías de «Argus Photo Reportage» y Carlos Delius.)

El pueblo serbio acaricia desde tiempos remotos el sueño de formar, ó mejor dicho, reconstituir lo que un día se llamó la Gran Serbia, de la que for

ambos países hizo una campaña de insultos y amenazas, y las dos naciones hicieron grandes aprestos militares, movilizanddo tropas y reforzando los pues-

que parecía tan conveniente para calmar los ánimos, ha estado á punto de producir una conflagración universal. Austria protestó en seguida contra aquella intervención que consideraba denigrante para ella, y Alemania, poniéndose al lado de su aliada, declaró que no consentiría tal humillación de ésta, y que, en caso de estallar una guerra, se pondría resueltamente al lado de los austriacos. Rusia, á su vez, dió á entender que consideraría como un *casus belli* la invasión por las tropas de Austria del territorio de Serbia, á la que considera como hermana de raza.

Puestas las cosas en este terreno, el menor incidente podía hacer estallar la tan temida guerra europea. Por fortuna, la ex-



El príncipe heredero de Serbia arengando al pueblo de Belgrado desde la puerta del ministerio de la Guerra

maban parte la mayoría de los territorios que hoy constituyen la Dalmacia, la Croacia, la Bosnia y la Herzegovina, habitados casi enteramente por serbios.

No pretendía, sin embargo, Serbia, ó por lo menos ninguna demostración había hecho en tal sentido, la anexión de las partes de aquellos territorios pertenecientes al Austria; en cambio, nunca desesperó de recobrar los sometidos al yugo turco, circunstancia que concurría en la Bosnia y la Herzegovina. La ocupación de estas provincias por Austria en 1878, lejos de desvanecer las esperanzas de los serbios, hubo de ser considerada por ellos como el comienzo de la realización de sus deseos; en efecto,

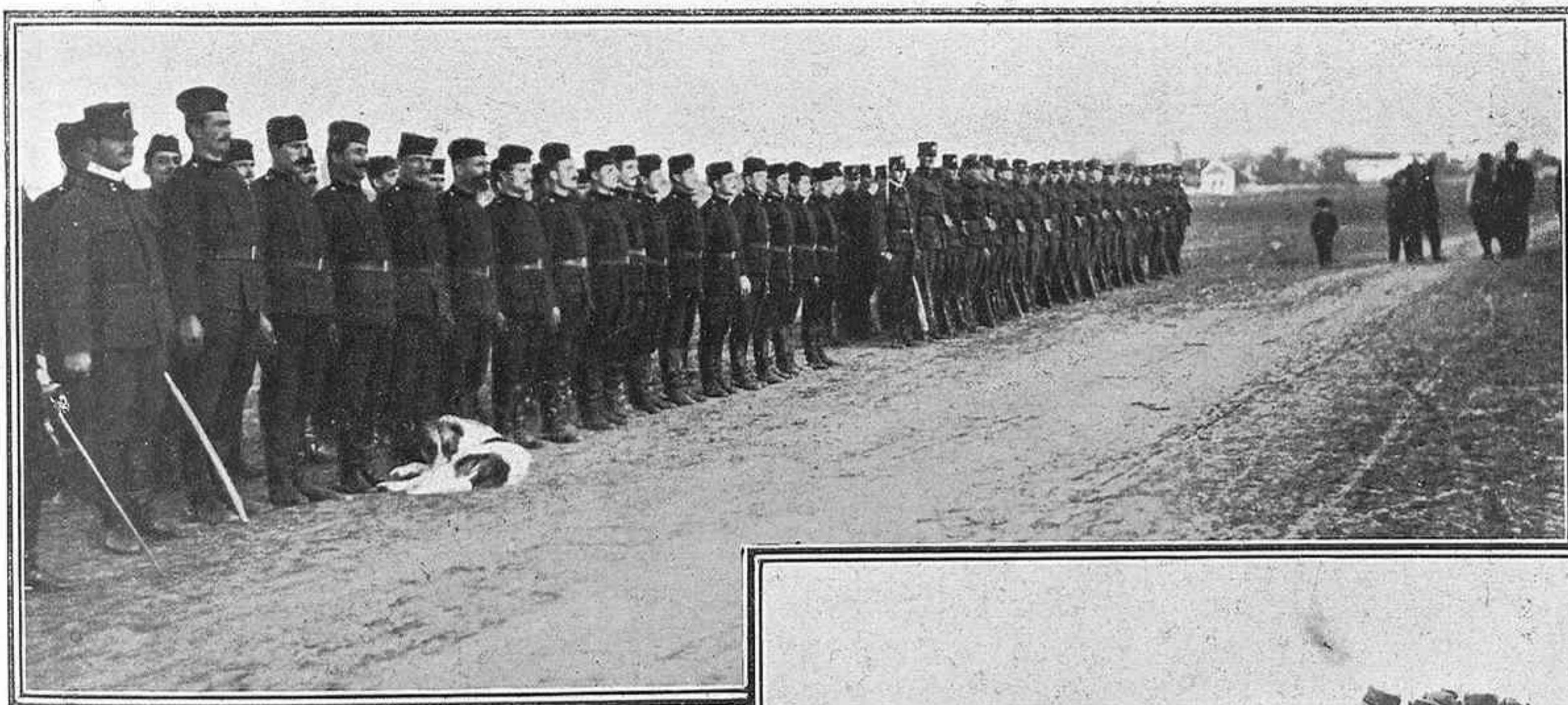
tos fortificados de sus fronteras. En toda Serbia reinó gran excitación; el pueblo en masa pedía la guerra contra Austria; armáronse todos los ciudadanos válidos, sin distinción de edades, ni aun de sexos, pues hasta las mujeres fueron admitidas en el cuerpo llamado Liga de la Muerte, y momentos hubo en que peligró el rey Pedro I por estimar el pueblo que trataba de contemporizar con la odiada enemiga.

El conflicto adquirió un grado de intensidad que hacía creer inminente la ruptura de hostilidades; en vista de ello, el gobierno francés propuso á las grandes potencias una intervención cerca de los gobiernos de Viena y de Belgrado, pero esta proposición,



El rey de Serbia Pedro I Karageorgewitch

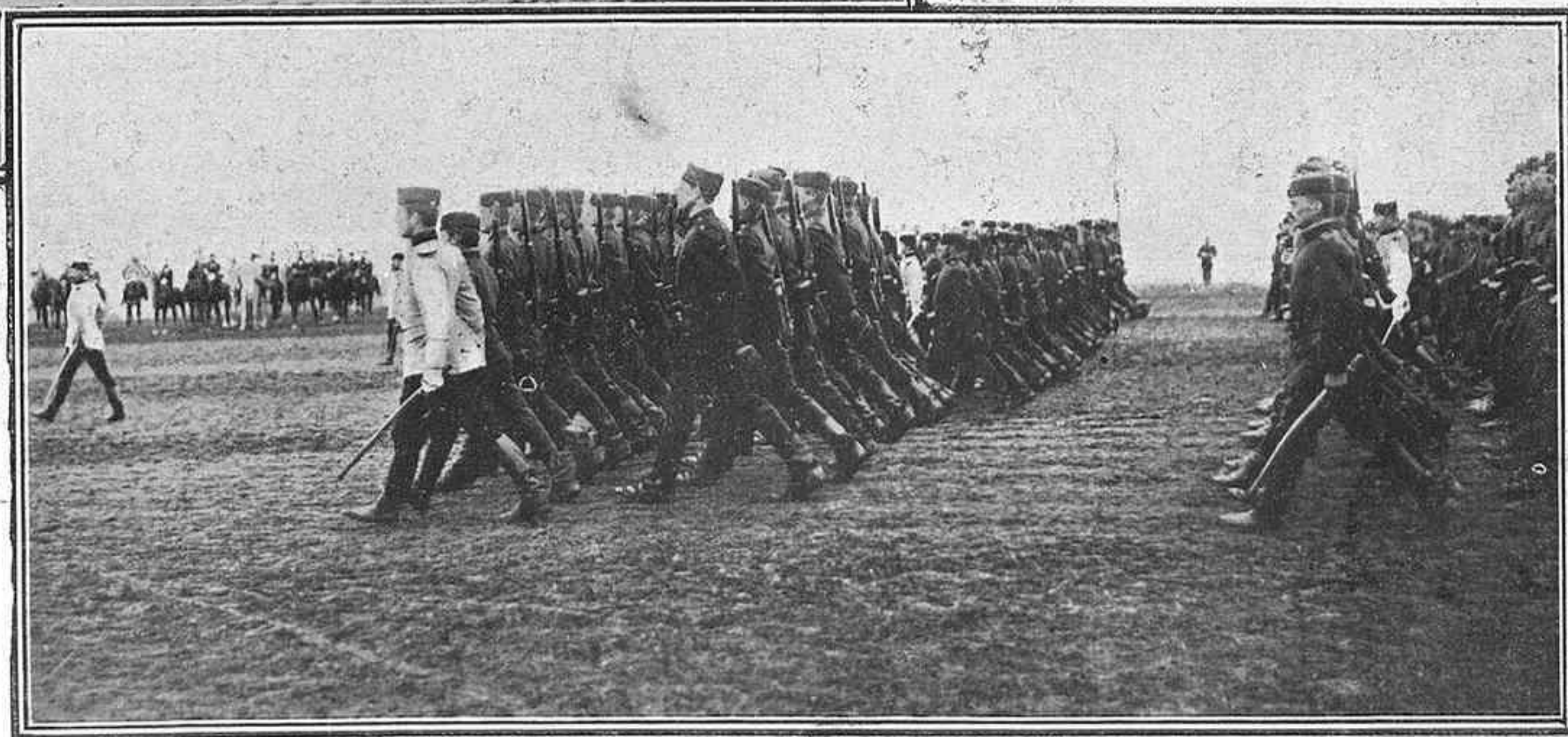
citación, que por unos momentos llegó á revestir caracteres alarmantes, ha ido calmándose poco á poco, y en la actualidad todo indica que el conflicto se arreglará pacíficamente por medio de una conferencia diplomática, tanto más cuanto que Serbia renuncia á las compensaciones territoriales que se había propuesto exigir y se muestra dispuesta á contentarse con ciertas compensaciones de orden económico. A esta nueva actitud de Serbia habrá contribuido sin duda la nota amistosa que Rusia le ha dirigido últimamente, y en la cual se expresa la seguridad de que las potencias no están dispuestas á acoger la idea de una compensación territorial y de que Serbia sólo podrá conservar las simpatías de las mismas declarando que desiste de sus reivindicaciones territoriales y dejando á ellas el cuidado de resolver esta cuestión.—R.



Regimiento de estudiantes serbios

esa ocupación, en virtud del tratado de Berlín, había de ser transitoria, y aunque no se fijaba la época en que debía cesar, el día en que cesara no sería posible que aquellas provincias volviesen á poder de Turquía y existiría la casi seguridad de su reincorporación á Serbia.

Todas esas esperanzas, todas esas aspiraciones quedaron destruídas cuando en octubre de 1908, al mismo tiempo que Bulgaria se proclamaba reino independiente, anexionábase el Austria con carácter definitivo la Bosnia y la Herzegovina. Al asombro del primer momento, sucedió una explosión de odio del pueblo serbio contra la nación que le arrebatava para siempre dos provincias que entendía habían de ser suyas en plazo más ó menos largo. La prensa de



Revista de la infantería serbia en las inmediaciones de Belgrado



Payesa mallorquina, cuadro de Cesáreo de Quirós

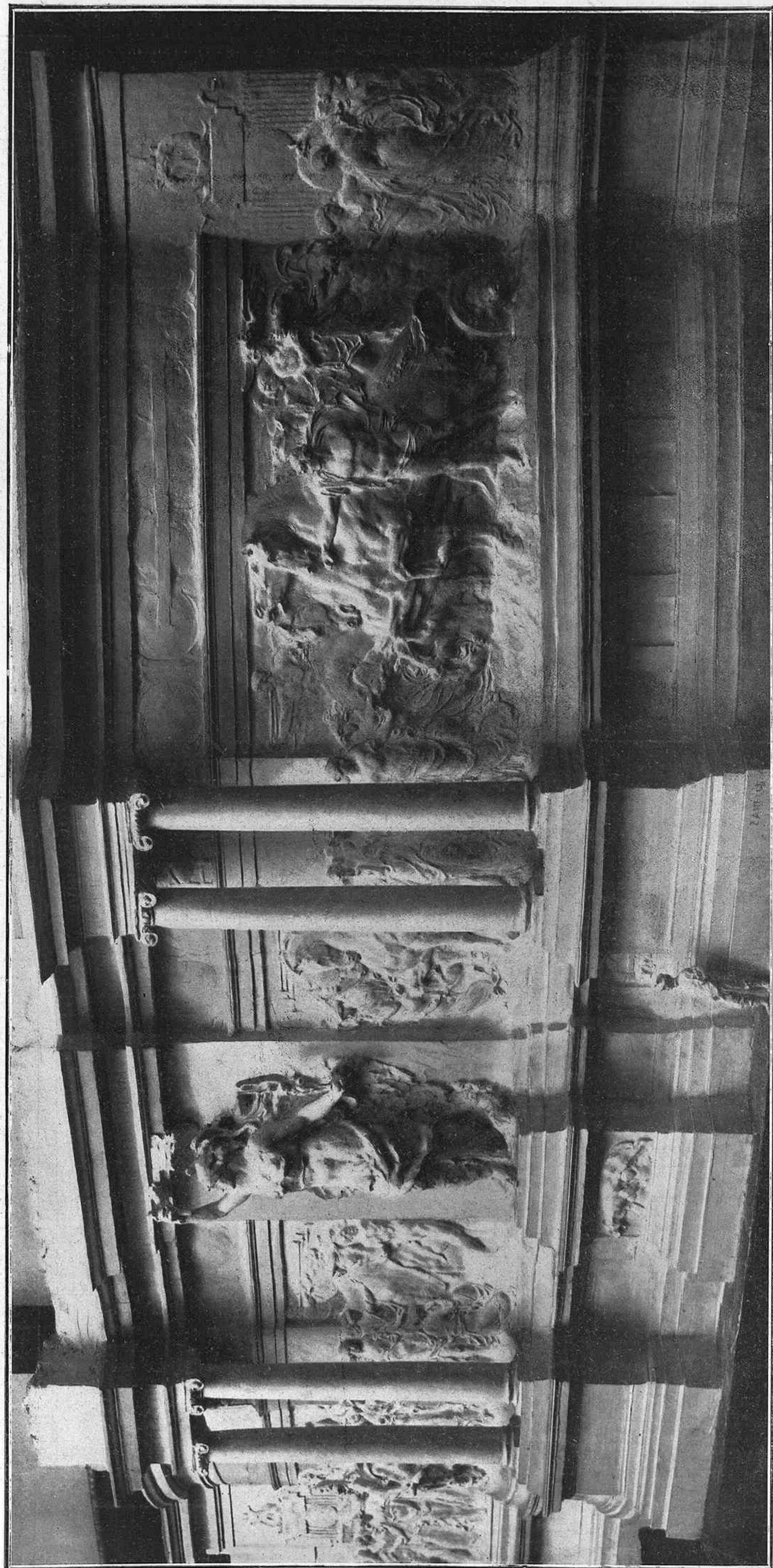
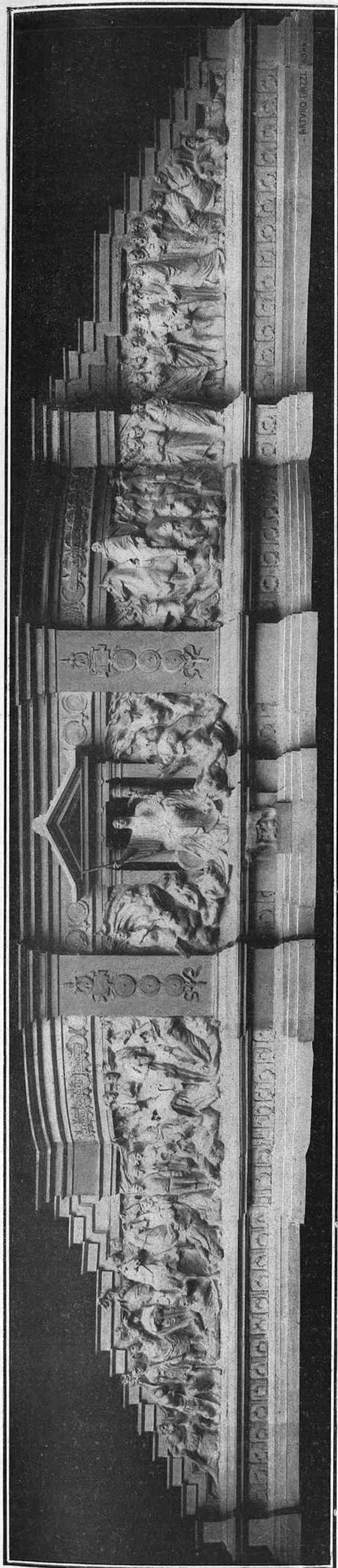


Payés mallorquín, cuadro de Cesáreo de Quirós



REGRESO DE LA ROMERÍA,

cuadro de Cesáreo de Quirós



ROMA. — MONUMENTO AL REY VICTOR, MANUEL. — Bocetos para «El Altar de la patria» escogidos por el Jurado para el concurso definitivo
El primero es de Arturo Dazzi; el segundo, de Angel Zanelli. (De fotografías de Carlos Abeniacar.)

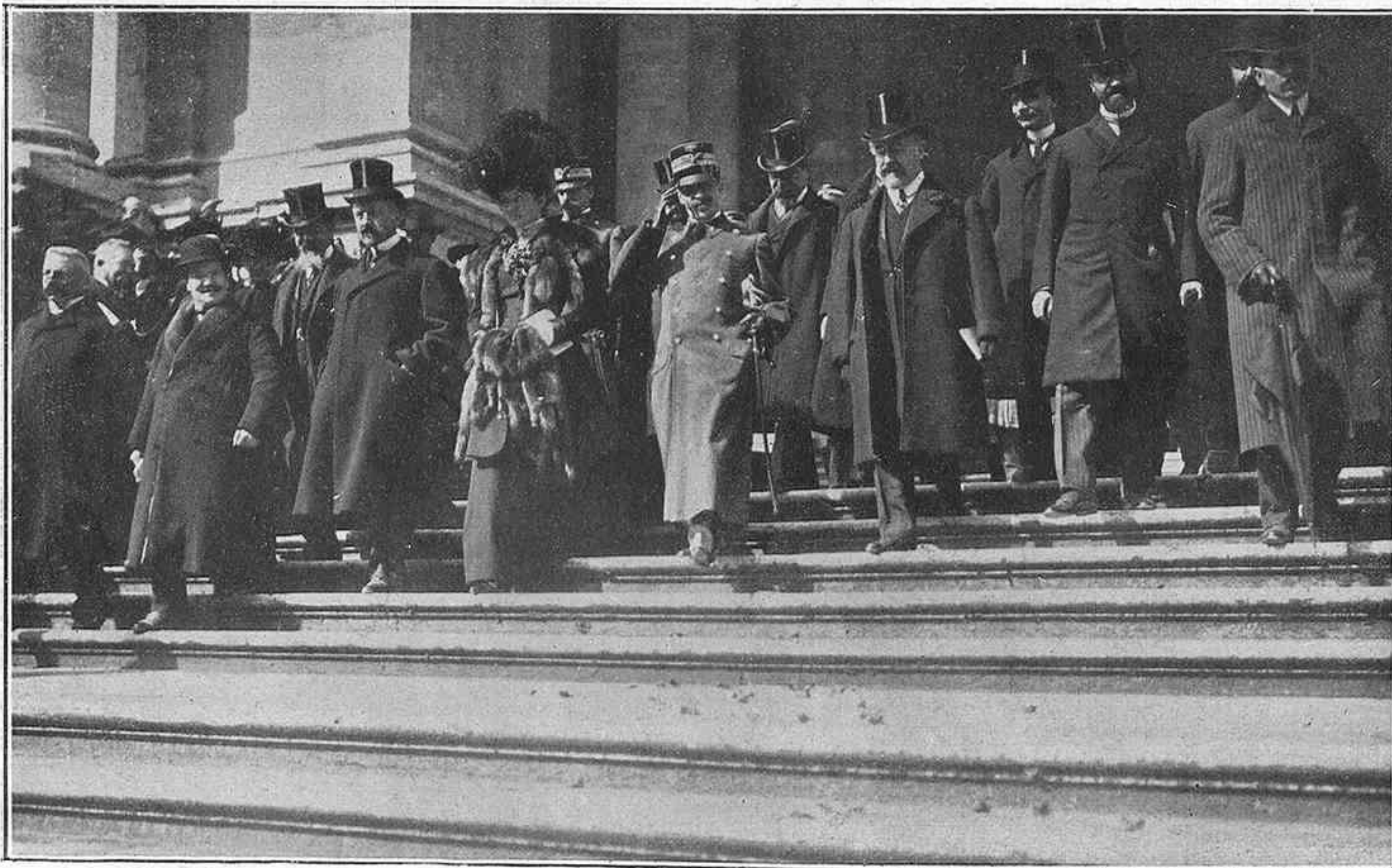
EL EXPLORADOR SVEN HEDIN EN PARÍS

El célebre explorador sueco Sven Hedin, el primer europeo que ha logrado penetrar en el Tibet y estudiar de cerca el territorio, la población y las costumbres de aquella región misteriosa; el autor del interesantísimo libro *En el corazón del*



El célebre explorador del misterioso Tibet Sven Hedin, recientemente nombrado Doctor en Leyes por la Universidad de Oxford, y que en la actualidad se halla en París, en donde ha dado una interesante conferencia en la Sorbona y ha sido solemnemente recibido por el presidente de la República y por el Consejo Municipal. (Fotografía de Rol y C.ª)

Asia. *A través del Tibet*, que publicamos en nuestra BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA y en el cual describe de una manera magistral el primer viaje que realizó en aquellos países antes enteramente desconocidos, ha regresado hace poco de su tercera expedición, habiendo sido recibido en su patria con gran entusiasmo.



Roma.— Los reyes de Italia saliendo de la inauguración de la Exposición de Bellas Artes el día 2 de los corrientes. (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

Recientemente ha estado en Inglaterra, en donde ha sido muy festejado y honrado con el título de Doctor en Leyes por la importante Universidad de Oxford.

Durante la semana última ha permanecido unos días en París. Al día siguiente de su llegada, recibió en el palacio del Elíseo el presidente de la República Sr. Fallieres, quien

departió larga y familiarmente con él, escuchando con gran complacencia el relato que le hizo de su último viaje.

El día 8 dió una conferencia en la Sorbona en honor de la Sociedad de Geografía. El salón de fiestas de la docta corporación estaba lleno de un público tan numeroso como distinguido, compuesto en su mayor parte de ilustres personalidades científicas. Hizo la presentación del conferenciante el gobernador general Roume, recordando que ya había sido recibido por la sociedad en 1899 y en 1903 y trazando á grandes rasgos los viajes del explorador, de quien alabó la suprema energía, la fuerza moral incomparable y la apasionada perseverancia.

Sven Hedin habló á continuación, y con frases elocuentes y en forma atrayente y pintoresca, después de un breve exordio agradeciendo el honor que se le dispensaba, hizo una descripción admirable de los países por él explorados, narró algunos episodios interesantes de sus viajes y explicó multitud de costumbres, usos y fiestas de los tibetanos.

La ovación que el público tributó al conferenciante fué grandiosa.

LA AYUNADORA CLARA DE SERVAL

Está llamando actualmente la atención en Berlín la señorita Clara de Serval que, en uno de los más importantes hospitales berlineses, se ha sometido á la prueba de un largo y absoluto ayuno. No la mueven ni el deseo de exhibición ni el afán del lucro; su experimento obedece á fines más elevados, puesto que lo realiza por amor á la ciencia, para ser estudiada como caso excepcional desde el punto de vista médico. La ayunadora permanece en una caja de cristales tan herméticamente cerrada que hasta el aire ha de renovarse en ella por medio de un motor. Para ponerse en comunicación con los médicos encargados de vigilarla y de observarla, se vale de un pequeño teléfono ó bien escribe y coloca el papel de manera que al través del cristal pueda ser leído por aquéllos, de esta manera puede ir comunicándoles sus impresiones y los efectos que el ayuno va produciendo en su organismo.

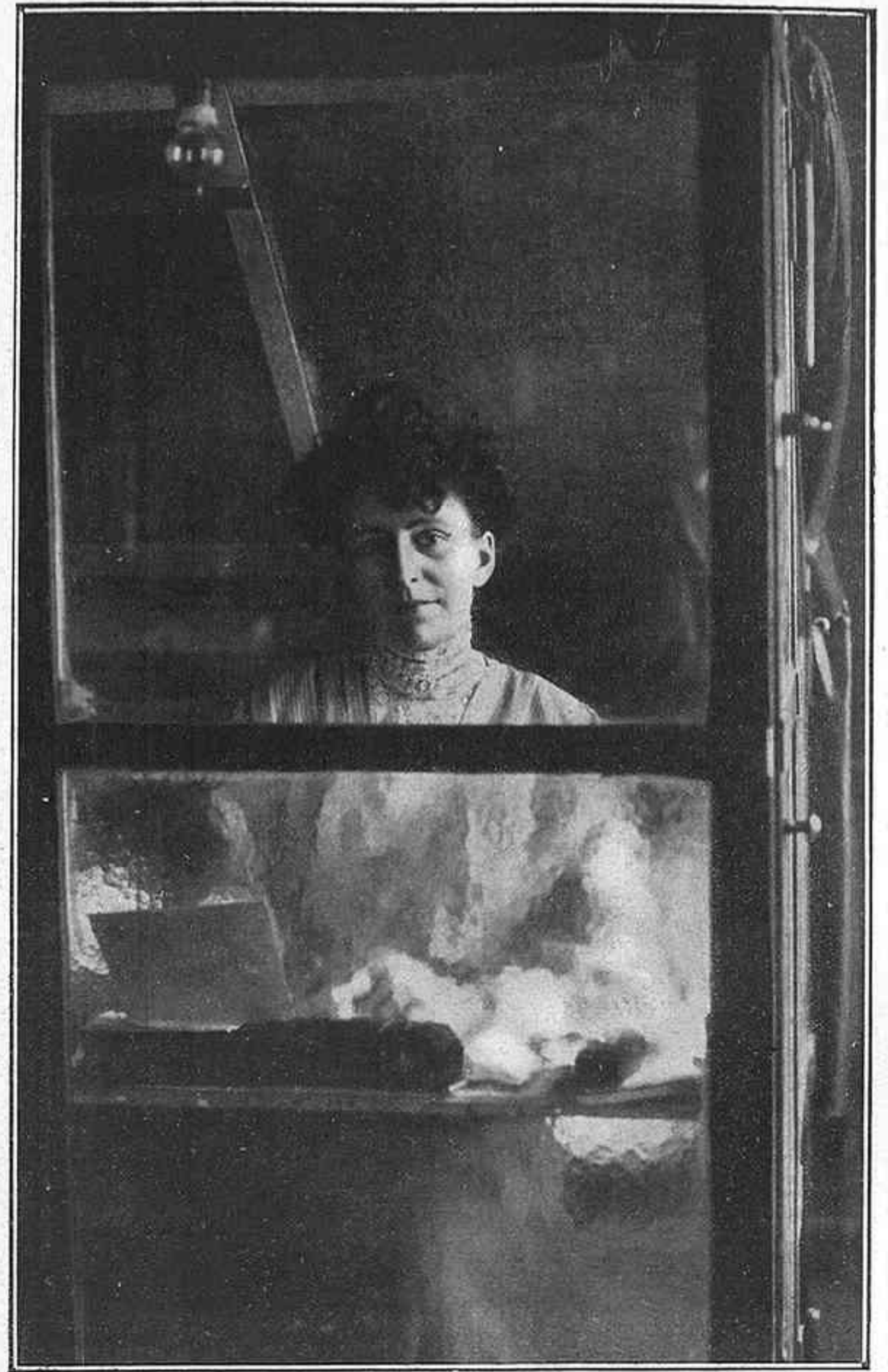
La señorita de Serval entró en su encierro voluntario el día 19 de febrero último y se propone no salir de él hasta el 25 de este mes; si resiste hasta entonces, habrá permanecido 35 días sin probar alimento ni bebida alguna.

REGRESO DE LA ROMERÍA. — PAYÉS MALLORQUÍN. — PAYESA MALLORQUINA, CUADROS DE CESÁREO DE QUIRÓS. (Salón Parés)

Después de un período de provechosa labor y de haber alcanzado merecido elogio de los intelectuales de Palma de Mallorca, ha expuesto el distinguido artista argentino en el Salón Parés los numerosos lienzos que ha pintado durante su estancia en aquella isla, reproduciendo sus bellísimos paisajes, acantiladas costas, tipos y todo cuanto pueda servir para recordarla y celebrarla. En la copiosa colección de las obras á que nos referimos está condensada la impresión del artista, quien para manifestarla no ha escaseado los medios de que dispone, ya que se ha esforzado en vencer dificultades de tonalidad, produciendo armónicas tonalidades, cual la *Armonía perla*, en donde azulean los grises y blanquean hasta debilitarse, esfumándose y desvaneciéndose de suerte que produce un indefinible encanto.

Contraste produce este lienzo y el de azulada marina con los retratos y los paisajes como *Deyá florido* y los cuadros *Día triste*, *Plaza de la Seu* y los tipos del *Payés* y *Payesa mallor-*

Gallarda ha sido la manifestación y reveladora de la personalidad de un artista de grandes alientos, que estudia e imprime en sus obras ese algo propio, individual, que las avalora.



Clara de Serval, que se propone resistir un ayuno absoluto durante 35 días y que está actualmente sometida á observación en un hospital de Berlín. (De fotografía de E. Frankl.)

Espectáculos. — BARCELONA. — En el Liceo ha dado la Asociación Musical el segundo concierto, en el que se repitió la *Novena Sinfonía* de Beethoven y se ejecutaron la obertura de *El buque fantasma*, la *Marcha fúnebre de Siegfried* y el *Preludio y la Muerte de Isolda de Tristán e Isolda*. Todas esas obras fueron entusiastamente aplaudidas y en especial las tres de Wágner, que fueron magistralmente dirigidas por el maestro Beidler y admirablemente interpretadas por la orquesta.

Palau de la Música Catalana. — El «Orfeo Catalá» ha dado dos notables conciertos; en ambos, el orfeó, bajo la dirección del maestro Millet, cantó de la manera magistral que es costumbre en él el grandioso *Himno* de Ricardo Strauss á diez y seis voces, y el eminente organista de Francfort Carlos Heyse tocó admirablemente, entre otras piezas, la *Tocata en fa mayor* y el *Pasacalle en do mayor* de Bach; la *Fantasia y fuga sobre el nombre de Bach* de Liszt; una *Fantasia* de Renner, un *Cantabile* de Messerer, el *Benedictus* de Max Reger, la *Legenda* de Gigout, la *Sonata en do mayor* de Guilmant, y la *Rapsodia sobre cantos bretones* de Saint-Saens. Así el orfeón como el organista fueron objeto de grandes ovaciones.

MADRID. — En el Real se ha estrenado con éxito extraordinario *El ocaso de los dioses*, última parte de la tetralogía de Wágner. La orquesta, dirigida por el maestro alemán Walter Rabl, ha estado admirable; los coros han cumplido perfectamente. De los cantantes ha sobresalido la señora Guszalewicz, que ha interpretado de un modo magistral el papel de Brunhilda. El decorado, obra de Amalio Fernández, magnífico, sobre todo la decoración del palacio de los Gibichungos; el vestuario y el *attrezzo*, ricos y artísticos. En una palabra, el estreno de *El ocaso de los dioses* ha sido en la corte un acontecimiento musical de los que forman época.

En la Comedia se ha estrenado con muy buen éxito *Penas buscadas*, comedia en dos actos original de los hermanos Cuevas.

PARÍS. — Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia *La Furie*, drama en cinco actos y en verso de Julio Bois; en el Odeón *Les grands*, comedia en cuatro actos de Pedro Veber y Sergio Basset; en el teatro Sarah-Bernhardt *La fille des Rabenstein*, comedia en cuatro actos de E. de Wildenbruch, traducida del alemán por Mauricio Renom y la señora N. Valentin; y *Bohemos*, comedia en un acto y en verso de Miguel Zamacois; en el teatro municipal de la Gaité *Hernani*, ópera en cinco actos tomada del drama de Víctor Hugo, adaptación de Gustavo Rivet y música de Enrique Hirschmann; en el Chatelet *Les aventures de Gavroche*, comedia de espectáculo en cuatro actos de V. Darlay y G. Marot; en los Bouffes Parisiens *4 fois 7, 28*, comedia en tres actos de Román Coolus; en L'Oeuvre *Perce-neige et les sept gnomes*, cuento en verso en cuatro jornadas adaptado de los hermanos Grimm por la señorita J. Dortzal, y *La vie de l'homme*, comedia en cinco cuadros de Leonidas Andrejew; en el Gymnase *L'âne de Buridan*, comedia en tres actos de Roberto de Fleurs y A. de Caillavet; en la Renaissance *J'en ai plein le dos, de Margot*, comedia en dos actos de Jorge Courteline y Pedro Wolf; en el Vaudeville *La route d'émervande*, drama en verso y en cinco partes de Juan Richepin, tomado de la novela de Eugenio Demolder; y en Cluny *Cochon d'enfant*, vaudeville en tres actos de Andrés Lorde y Raphael.

quines, de acentuadas líneas y suave coloración, y muy especialmente en el titulado *Regreso de la romería*, representando á una anciana de rostro enjuto que apoyándose en dos muchachas regresa de la próxima ermita, adonde las condujera su fervor, destacándose este interesante y bien estudiado grupo en un paisaje agreste, en el atardecer de un día sombrío.

LADRÓN DE AMOR (I)

NOVELA ORIGINAL DE MARC MARIO.—ILUSTRACIONES DE SARDÁ

(CONTINUACIÓN)



La estupefacción de Luciano fué grande al encontrarse en presencia del padre de Juana

Preguntó á derecha é izquierda, en varios comercios del barrio, no atreviéndose á hablar de la muchacha y no pronunciando más que el nombre del Sr. Laroche. Pero sus tentativas fueron vanas, porque desde las primeras palabras le contestaban indicándole el domicilio del comerciante, á quien casi todo el mundo conocía.

Por fin se le ocurrió una idea.

«Ese pequeño deshollinador conocido de Juana—pensó Luciano— quizá podría entregarle una carta sin que se enterase nadie.»

Se felicitó de esta inspiración, que le pareció el único medio realizable de comunicar con la muchacha, de saber lo que había ocurrido y sobre todo de mantener en ella el amor que su padre procuraría incontestablemente combatir y destruir.

Resolvió escribir inmediatamente á Juana y entró en un café de la plaza de San Miguel á fin de redactar su carta.

Luciano pesó minuciosamente todos los términos

de su misiva antes de escribir. En el momento de empezarla, vaciló.

«¡Si conociese la letra de Edmundo!..—se dijo asaltado por esta nueva aprensión.—¡Quién sabe si mi hermano le escribió alguna vez!»

Reflexionó... Edmundo nunca le había hablado de tal cosa.

Por precaución, apeló á un medio bastante ingenioso de disimular su letra, haciendo caracteres muy pequeños é inclinados. Para esto partió por la mitad el pliego de papel que le habían servido y dobló una de las dos hojas, resultando otro pliego de tamaño diminuto que justificaba el empleo de aquella letra menuda.

Y escribió:

«Mi querida Juana: ¡Qué horrible fatalidad se ceba en mí!.. Un instante pasado en compañía de usted me había hecho olvidar todo lo que yo había sufrido, y la inefable dicha que experimenté al volver á encontrar los inolvidados recuerdos de mi infancia, al dar nuevo calor á mi corazón junto á usted, que fué el único rayo de sol que iluminó mi existencia, toda aquella dicha... un sueño, ¡ay!, se desvaneció sin resurrección posible.

»Sí, bien lo comprendo, no puedo abrigar ya ninguna esperanza, pues la intervención de su padre me demostró que debe tener contra el mío, y por consiguiente contra mí, agravios serios, indelebles sin duda.

»No le hablaré á usted de lo que he sufrido desde el otro día, ni de la sombría desesperación que me devora al considerar á usted perdida para mí, después de haberla vuelto á ver, después de haber oído de sus labios la contestación á este amor que yo había concebido por usted y que le guardaba misteriosamente. ¿No es usted todavía más desgraciada que yo? ¿Y qué necesidad hay de agravar su pena con las quejas de la mía?

»Hasta me pregunto por qué le escribo hoy. ¿No debiera yo comprender que, puesto que hemos de vivir separados, de acuerdo que nos está prohibido amarnos, debería desaparecer para siempre de su existencia? Pero siento que no podré encontrar jamás la resignación necesaria. Sería preciso que mi corazón me perteneciese aún, y usted sabe que desde hace mucho tiempo no es mío.

»En vez de resignación, encuentro en el fondo de mi alma, á pesar de mi desesperación, un destello

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

de esperanza..., ilusión tal vez del que ama á pesar de todo, que no puede dejar de amar y que la amará á usted siempre.

«¡Sí, siempre..., á pesar de todo!»

En el momento de firmar, la pluma de Luciano de Favreuse, que acababa de trazar esta carta de un tirón, se detuvo bruscamente.

El miserable vacilaba.

Retrocedió ante la falsificación que iba á cometer firmando con el nombre de su hermano.

Luego, ya fuese por prudencia, ya para disminuir á sus ojos la infamia del acto que iba á cometer, en vez del nombre de Edmundo no puso más que la inicial por toda firma.

Después de haber repasado la carta, que le pareció destinada á producir el efecto que él deseaba, Luciano la puso bajo sobre, sin el nombre ni la dirección de la destinataria. ¿Qué falta hacía, puesto que iba á confiarla al pequeño deshollinador?

Momentos después, Luciano salió del café y se dirigió hacia la calle Galande.

«A ver si encontraré á Pablito en casa de sus parientes,» se preguntó.

Seguro de la fidelidad del niño, seguro sobre todo del afecto que sentía por Juana Laroche, su generosa protectora, estaba dispuesto á confiarle su mensaje; pero no se atrevía á dirigirse al carbonero ni á su mujer, que consideraba capaces de cometer alguna torpeza ó de entregarse luego á murmuraciones comprometedoras para la joven.

«De todas maneras, puedo enterarme de la hora á que puedo ver al muchacho—pensó—sin explicar el motivo de mi paso. Sus tíos saben las circunstancias en que le conocí y no les extrañará.»

Luciano terminaba este razonamiento en el instante mismo de entrar en la carbonería.

Sofía y su hija, que se encontraban solas en aquel momento, recibieron al soldado. El auvernés y su hijo estaban en la fábrica de gas de la Villette para una importante remesa de coque.

La carbonera saludó sonriente, siempre amable con la clientela, y preguntó:

—¿Qué se le ofrece, caballero?

—¿No es aquí donde vive Pablito, preguntó á su vez el soldado, el pequeño deshollinador?

—Sí, señor, es nuestro sobrino, contestó Sofía.

—Yo soy el hijo del Sr. de Favreuse, repuso Luciano.

La carbonera se acordó. Este nombre había quedado grabado en su espíritu, pues había conservado cuidadosamente el número del *Petit Journal* que relataba el acto de abnegación del niño.

—Ah, sí!, exclamó ella. ¡El pobre señor de Montmartre!.. ¿Es usted soldado? Es verdad, ya me acuerdo, Pablo nos lo dijo el día que le encontró á usted, no hace mucho tiempo.

—Presto mi servicio militar, dijo el hermano de Edmundo.

—¿Quería usted ver á mi sobrino?

—Hubiera tenido mucho gusto, porque siempre le estaré profundamente agradecido por lo que hizo por mi pobre padre... Precisamente he venido al barrio... Pero el niño trabaja fuera, si mal no recuerdo.

—Está de aprendiz en casa de un amigo nuestro, el Sr. Lucci, que es deshollinador, explicó la mujer de Bourasse; pero es cerca de aquí, en la calle de San Severino; mi hija va á ver si está.

—Siento que se moleste.

—No, señor; si es muy cerca.

—Anda, Teresa, ve corriendo á casa de Pietro, dijo la carbonera á su hija. Mira si Pablito está allí; si no, pregunta á qué hora volverá del trabajo.

La hija de Bourasse salió en seguida, después de arreglarse, mirándose en el cristal del mostrador, un mechón de cabellos rebeldes, y ocultando bajo su delantal sus manos negras de carbón.

Sofía sacó una silla de la trastienda y la ofreció al joven.

—Descanse usted un momento mientras tanto, dijo. Mi hija va á volver en seguida.

Luciano iba á aceptar cuando se volvió al oír entrar alguien en la tienda, y quedó sobrecogido de sorpresa y de emoción á la vista de Juana.

—¡Ah, señorita Laroche!, exclamó jovialmente la carbonera, que no notó el sobrecogimiento del joven.

—¡Juana!., pronunció Luciano á media voz.

El mismo pensamiento guiaba á la señorita Laroche á la carbonería de la calle Galande.

No atreviéndose á recurrir de nuevo á la mediación de Bernard, el empleado de su padre, se le había ocurrido servirse del pequeño deshollinador, cuya gratitud y afecto le garantizaban la abnegación y cuya inteligencia conocía también.

Pablito podría ir un domingo al cuartel del Chateau d'Eau á ver al Sr. de Favreuse, que él conocía, y decirle de parte de ella que buscaba un medio de verla.

Pero Juana no contaba hacer de buenas á primeras este encargo á su pequeño protegido; su timidez exigía una preparación, y ella había aprovechado hábilmente la coyuntura que se había presentado la víspera, cuando el Sr. Laroche se quejaba de la calidad de la leña que aquel invierno le había mandado su proveedor habitual.

Los troncos se consumían rápidamente sin producir un calor apreciable.

Juana había propuesto inmediatamente á su padre servirse del tío de Pablito para el combustible y había añadido:

—Iré yo misma la primera vez, á fin de entenderme con Bourasse.

El encuentro de Luciano la llenó de sorpresa y de alegría, pero su velo disimuló afortunadamente los colores que el placer le hizo subir á la cara y el brillo que animó sus ojos.

Luciano, por su parte, no sabiendo si la comprometía hablándole en presencia de la carbonera, no se atrevía á acercarse á ella.

Fué Juana la que se adelantó hacia él, después de haberse serenado pronto, y le dijo tendiéndole la mano:

—¡Ah, señorito Edmundo, cuánto me alegro de encontrarlo!

Luciano estrechó con viva satisfacción la mano de la joven, que añadió en seguida, dirigiéndose á la esposa de Bourasse:

—El Sr. de Favreuse es amigo nuestro, un amigo de la infancia. Vivió mucho tiempo en la misma casa que nosotros.

Luego explicó su visita.

—He resuelto encargarse á ustedes, en adelante, la leña que necesitamos; papá se queja de la que quemamos.

—Pierda usted cuidado, señorita Juana, dijo la carbonera muy contenta de hacer un nuevo parroquiano de la importancia del Sr. Laroche. Les serviremos á ustedes de lo mejor.

Juana dió el encargo, precisando la calidad de la leña, indicando la dimensión de los troncos y fijando la cantidad que había que llevar, de todo lo cual Sofía tomó nota, prometiendo de nuevo que quedarían satisfechos.

Juana se acercó entonces á Luciano, del cual se había apartado un poco mientras hablaba con la tía de Pablito.

—¡Cuánto me alegro de encontrarle!, le dijo á media voz. ¡Qué feliz inspiración ha tenido usted de venir hoy aquí!

La carbonera se alejó discretamente, yendo hacia la puerta de la tienda, y pronto se halló ocupada por varios parroquianos que entraron por vino.

Juana y Luciano pudieron hablar á sus anchas.

—Vine aquí con el objeto de ponerme en comunicación con usted, dijo el joven. He hecho cuanto he podido para dominar la pena que me atormentaba desde el otro día, y no pudiendo más, había resuelto escribir á usted y hacerle entregar la carta por Pablito Galoux, que usted conoce.

—¿Es posible?., dijo Juana encantada.

—La hija de Bourasse ha ido á casa del amo de ese muchacho á ver si ha vuelto del trabajo; esta es la carta que había yo preparado.

—Démela usted, dijo la joven apoderándose de la misiva. La leeré.

Hizo desaparecer la carta en su manguito y añadió:

—¡Qué admirable coincidencia!.. Por mi parte, yo había formado el mismo proyecto que usted; había tenido la misma inspiración. Tomando aquí el combustible, contaba suplicar un día á Pablito que fuese al cuartel, para indicar á usted un medio que yo esperaba encontrar á fin de poder vernos, pues quería decir á usted lo que pasa. ¡Ay, amigo mío, si usted supiera lo que sufro!

—Me lo imagino, dijo Luciano. No sé lo que le pasaría al Sr. Laroche... Comprendo que debió sorprenderle el vernos juntos y me expliqué su irritación...

—No puede usted figurarse el cambio que se ha operado en él, después de haberle conocido tan bueno, tan amistoso con el Sr. de Favreuse y con usted.

—En efecto...

—Le dije á usted todo lo que él había hecho para alejarme de usted cuando comprendió que no le olidaba. Pero hoy sabe positivamente que nos amamos, porque se lo dije.

—¿Entonces?

—Me manifestó que nunca consentiría en semejante matrimonio.

—¡Pobre Juana!., dijo el joven cogiendo la mano á la señorita Laroche y estrechándosela tiernamente.

—Mi padre abriga contra usted un resentimiento injusto, que nada podrá disipar.

—¡Contra mí!

—Sí; pero injusto, ya se lo he dicho á usted, contestó Juana, porque es á causa de la madre de usted, á quien no perdona el haberle pedido prestado cierta cantidad... ¡No hay nada que hacer!.. Entonces no pude contenerme y me rebelé. Le dije que nada del mundo me impediría amar á usted, y que si me negaba su autorización, yo prescindiría de ella.

—¡Le dijo usted eso!

—Y lo haré, se lo juro, suceda lo que sucediere.

—Esto es lo que yo quería decir á usted, añadió Juana. Por esto quería verle. ¿Qué puedo hacer sola? No conozco bastante la ley... Y, además, usted es soldado... Entonces quería que usted supiese que nada haría cambiar mis sentimientos y decirle que cuando sea usted libre, tendrá que decirme lo que debo hacer...

Luciano estaba encantado del sesgo que tomaban las cosas.

Comprendía mejor que nunca lo mucho que aquella deliciosa muchacha lo amaba, y encontraba en la esperanza que le devolvía la resignación necesaria para esperar el día en que recobraría la libertad.

—Sí, cuente conmigo, mi querida Juana, dijo con una profunda expresión de ternura. A mí tampoco nada me apartará de usted... Ningun poder del mundo la arrancará á usted de mi corazón... ¡Oh! ¡Quién fuera libre!..

—Tendremos paciencia uno y otro, contestó Juana. Es preciso. Mi padre sabe que no consentiré nunca en casarme con otro. Entonces tenga usted confianza en mí. He dicho á usted que le amo, y no será un amor como el nuestro, este amor que data de nuestra infancia, que nos hemos guardado á pesar de la fatalidad que durante tanto tiempo nos ha tenido separados, no será este nuestro amor el que hoy se quebrante.

—No, seremos fuertes. Esperaremos con paciencia el día en que podamos ser el uno del otro.

—Sí, yo se lo juro.

—Nuestro amor hallará nuevas fuerzas en la lucha que tendremos que sostener para hacerlo triunfar.

—¿Pensará usted en mí?

—¡Siempre! ¡Sin cesar! Pero durante estos cuatro años, ¿no podré verla?

—¡Oh! Ya encontrará usted medio, dijo Juana. Yo iré adonde usted quiera, adonde usted me diga.

—Podré escribirle por conducto de Pablito, que llevará á usted mis cartas y traerá las de usted.

—Eso es.

Teresa Bourasse entró en aquel momento, al mismo tiempo que su madre, saliendo de la taberna que abandonaban los parroquianos, volvía á la tienda.

—Pietro, dijo la muchacha, enviará á Pablo tan pronto como vuelva del trabajo. Parece que ha ido por la parte de Montronge con el obrero.

—No importa, dijo Luciano de Favreuse. Me hubiera alegrado de verle; pero volveré uno de estos días.

—Los domingos siempre está aquí, dijo la mujer de Bourasse.

—Entonces, volveré un domingo.

Juana volvió á hablar de su encargo, y dijo que los mil kilogramos de leña se llevarían á su casa á la mañana siguiente.

Luego salió con el hijo del Sr. de Favreuse y se separaron casi en seguida, no queriendo exponerse á que les viesan otra vez juntos.

Este encuentro había derramado un bálsamo benéfico en el corazón de la muchacha.

Ahora se sentía más fuerte para resistir á las tentativas de su padre, y estaba segura de ser realmente amada.

Luciano se felicitó de la feliz inspiración que había tenido, pero anublaba su dicha el pensar en la larga separación que aún tenía que sufrir.

Otra vez se le ocurrió la idea de desertar.

«Juana me ama bastante para seguirme al extranjero, si es preciso—se dijo con confianza.—Lo mismo nos casaríamos en Bélgica ó en Suiza, ante el cónsul de Francia.»

Pensó en ello seriamente, y aplicóse, durante algunos días, á combinar cómo podría poner aquel proyecto en ejecución.

Hasta resolvió comunicárselo á Juana, escribiéndoselo en una carta que confiaría al pequeño deshollinador, é iba á hacerlo cuando su sargento se presentó á decirle:

—El capitán le llama á usted. Está en su despacho con un caballero que desea ver á usted.

La sorpresa del soldado fué muy viva.

No podía esperar lo que sucedía.

El caballero que allí estaba era el padre de Juana.

El Sr. Laroche había puesto en práctica su proyecto de tomar informes respecto al hijo de su antiguo

amigo y de avistarse con él, si era necesario, á fin de obtener que renunciase á su hija.

Había ido ya, días antes, al cuartel del Chateau d'Eau con el fin de interrogar á algunos sargentos; pero esto no le pareció fácil, y volvióse sin haber preguntado nada.

Aquel día, bien resuelto, se había dirigido al subteniente comandante del cuerpo de guardia.

—Usted dispense, caballero, le preguntó, ¿me sería posible ver á un soldado de su regimiento..., al Sr. de Favreuse?

—Nada más fácil, si está aquí, contestó el oficial.

—Fuí amigo de su padre, y tengo una importante comunicación que hacerle, añadió el comerciante.

—Voy á decir que le llamen. ¿A qué batallón, á qué compañía pertenece?

—Lo ignoro.

—¿Está usted seguro de que este es su cuartel?

—De esto sí que estoy seguro.

Entonces el subteniente llamó á un hombre de guardia.

—¿Conoce usted á Favreuse?, le preguntó.

—Es un voluntario del año pasado, añadió el Sr. Laroche.

—No, mi teniente, no le conozco, declaró el soldado.

—Vaya usted á la oficina del jefe del detall y se lo dirán.

El soldado se alejó.

—Muchas gracias, dijo el padre de Juana, y usted dispense la molestia.

Las averiguaciones no fueron largas. Minutos después, el soldado volvió con esta contestación:

—Mi teniente, Favreuse está en la sexta.

—Capitán Bourdin, dijo el oficial. Precisamente se encuentra en el cuartel; le vi entrar hace poco. Acompaña al señor al capitán Bourdin.

El Sr. Laroche dió nuevamente las gracias y siguió al soldado.

Llegó al despacho del sargento primero, donde se encontraba el capitán de la sexta compañía, y le expuso su petición, apoyándola en el pretexto de una comunicación importante que hacer al soldado Favreuse.

El nombre de Edmundo no fué pronunciado siquiera. En el ejército, en que el número de matrícula constituye, con la designación de la compañía, la verdadera denominación militar de cada hombre, sólo el apellido es conocido; los nombres de pila, escritos en la primera página de la libreta, no figuran en ninguna parte y nadie los conoce.

El capitán Bourdin no puso ninguna dificultad y, de orden suya, el sargento primero mandó á buscar al soldado Favreuse por su furriel.

La estupefacción de Luciano fué grande al encontrarse en presencia del padre de Juana, á quien reconoció inmediatamente.

No sabía á qué atribuir aquel paso, y creyó un momento que el Sr. Laroche le buscaba por haber modificado sus intenciones respecto á él.

Tuvo un destello de esperanza; pero esta esperanza se desvaneció pronto ante el aire glacial del comerciante.

El capitán dejó á Laroche con el soldado en el vasto corredor del cuartel.

—He venido á pedirle, Edmundo, que ponga fin á una situación que no puedo aprobar por motivos que voy á explicarle con entera franqueza, empezó diciendo el padre de Juana.

El joven se encontró cruelmente embarazado.

—Sentí muchísimo, balbuceó, lo que pasó el otro día... y me arrepentí vivamente de lo que hice...

—Su conducta distó mucho de ser correcta, repuso severamente Laroche, y nunca hubiera esperado eso de usted.

—Lo reconozco, hice mal en procurar ver á la señorita Juana fuera de la presencia de usted.

—¡Muy mal!

—Cuando supe que á ella debía yo aquel auxilio..., aquella cantidad que tan generosamente me fué enviada en un momento tan doloroso..., tuve impaciencia por manifestarle mi agradecimiento.

—¿Cómo lo supo usted?

—Encontré á la camarera de Juana, que me reconoció y se me acercó en la calle. Por ella lo supe.

—¿Por qué no fué usted á verme ó á ver á mi hija en mi casa?

—No me atreví... Usted debe comprenderlo, señor Laroche. Mi padre murió debiéndole á usted dinero. Me hizo prometer, junto á su lecho mortuario, que satisfaría esa deuda tan pronto como pudiese... No me atrevía á ir á su casa. Además, Paulina me dijo que tenía usted un resentimiento contra mi padre y contra mí.

—Nunca tuve el menor resentimiento contra usted, declaró Laroche, ni contra su padre. Si no se

hubiese tratado más que de esa cuestión de dinero, hubiera ido yo mismo en busca de usted al saber su desgracia para ofrecerle mi amistad y decirle que podía contar conmigo para todo. Pero comprendí lo que pasaba en el espíritu de mi hija; penetré, como tenía el deber de hacerlo como padre, el sentimiento á que obedeció al socorro á usted, y si no censuré lo que hizo, me apresuré á combatir unos sentimientos que me habían causado dolorosa sorpresa.

—Permita usted que le diga, Sr. Laroche, dijo el joven alentado por el recuerdo de las sinceras declaraciones de Juana, que por mi parte nunca hubiera podido suponer que le disgustase verme amar á la señorita Juana, y si no hubiese habido más que esa cuestión de interés que mi posición no me permitía resolver según las intenciones de mi padre y las mías, á usted, antes que á nadie, hubiera comunicado mis sentimientos, tan naturales me parecían. La amistad que desde la más tierna infancia nos unió á la señorita Juana y á mí, se desarrolló en nosotros con la edad de una manera tan natural, sin la menor inteligencia, sin el menor cambio de miras, puesto que hemos vivido uno lejos de otro durante nueve años, que esta transformación se operó, por decirlo así, sin que nos diésemos cuenta de ella...

El Sr. Laroche interrumpió bruscamente estas declaraciones.

—Poco importa lo que en usted pasó, como no importa lo que pasó en mi hija, dijo secamente el padre de Juana. Tengo razones personales, fuera de toda cuestión de conveniencias y de honradez, para oponerme á todo proyecto de matrimonio entre mi hija y usted.

Luciano iba á contestar, pero el negociante no le dió tiempo.

—Se lo dije á mi hija, continuó, y he venido á ver á usted para declararle francamente mis intenciones, pensando que querrá evitarme la necesidad de recurrir á otros medios para mantener la integridad de mis derechos de padre. Se lo declaro á usted, como á Juana: no consentiré jamás en ese matrimonio.

El soldado, bajo esta amenaza indirecta, juzgó prudente no sublevarse.

—Lo que usted acaba de decirme, contestó con un aire de profunda desolación, me aflige cruelmente, créalo usted, Sr. Laroche, porque esperaba encontrar en usted un amigo, como lo fué para mi padre. En fin, está usted en su derecho.

—Le agradezco que así lo comprenda, dijo el padre de Juana, engañado por la aparente sumisión del joven. Usted comprende la importancia que esta cuestión tendrá á mis ojos cuando he dado este paso. Los dos hombres se saludaron y el Sr. Laroche se dirigió en seguida hacia la puerta del cuartel.

Al día siguiente Juana supo la visita de su padre por una carta firmada con la inicial E que el pequeño deshollinador le entregó.

El soldado voluntario le decía:

«Sostenido por su amor y por el mío, le guardo á usted mi corazón á pesar de todo y tengo confianza en el porvenir.

»Nuestra felicidad será tanto mayor cuanto que será el premio de los mayores sufrimientos.

»El día en que yo sea libre, quizá más pronto de lo que nos hemos atrevido á esperar, la buscaré á usted, y cualesquiera que sean entonces los obstáculos que se opongan á nuestra unión, los venceremos.

»Crea usted en el que la ama más que á la vida y que es para siempre suyo.»

El hijo de Favreuse había tomado, en efecto, una resolución.

Reflexionando sobre las declaraciones del señor Laroche, había comprendido el peligro á que se exponería si el comerciante acudía á su coronel, como le había implícitamente amenazado.

Aquella «necesidad de apelar á otros medios» de que el padre de Juana había hablado, no podía significar otra cosa.

Las consecuencias de la intervención de su jefe de cuerpo no se le ocultaban á Luciano; serían graves, sobre todo en el sentido de que podrían hacer descubrir al Sr. Laroche que él no era Edmundo.

Esto sería la ruina de todo su amor.

Había resuelto, pues, fingir que se sometía á la voluntad expresada por el padre de Juana hasta el día en que se viese libre de la disciplina militar.

Deseaba con más ardor que nunca su liberación, y para adelantar la hora, su imaginación se puso en busca de todos los expedientes posibles.

A Luciano no le costó trabajo encontrar uno.

Concibió la idea de hacerse declarar inútil.

Si lo conseguía, sería licenciado en el acto.

Pensaba que no le sería difícil simular una enfermedad incompatible con el servicio militar.

Tan pronto como hubo estudiado su proyecto, se hizo llevar á la visita del médico y se quejó de violentos dolores, á la altura del corazón, que le atacaban de pronto, á intervalos irregulares, le quitaban, por decirlo así, la respiración, le congestionaban y eran acompañados de violentas palpitaciones de corazón.

El médico del regimiento le examinó y le auscultó atentamente, y le dijo luego:

—Es la primera vez que se queja usted de eso; no le había visto á usted nunca en la visita.

—En efecto, doctor, contestó el soldado, nunca estoy enfermo.

—¿Cuándo sentó usted plaza, no habló de eso al consejo de revisión, ni al consejo de cuerpo que lo reconoció en el momento de su incorporación?

—No, señor. No sufría como desde hace algún tiempo... Por otra parte, temía que me declarasen inútil y yo quería á toda costa seguir mi carrera militar. Senté plaza con esta intención y cuento reengancharme á la expiración de mis cinco años.

El médico no podía menos de ser engañado por las excelentes intenciones del joven, lo mismo que por sus declaraciones respecto á aquella supuesta afección cardíaca, fácil de simular.

Después de haber tenido al soldado Favreuse en observación durante unos quince días, resolvió enviarlo al hospital militar del Val de Grace para someterlo al examen del médico inspector.

Tres meses después, Luciano fué licenciado por inútil.

El día que salió del regimiento, lo comunicó á Juana, á quien había tenido al corriente de sus gestiones; por conducto de Pablo le envió la carta siguiente:

«Mi muy amada Juanita: Por fin he logrado lo que me había propuesto. ¡Soy libre! El consejo de sanidad del Val de Grace acaba de declararme inútil por afección cardíaca, hipertrofia y contracción nerviosa de la aorta, enfermedad anterior á mi entrada en el servicio.

»Acabo de venir al cuartel para entregar mis armas y mi equipo, y mañana iré á que me revisen mi libreta.

»Los cuatro años que nos separaban han concluido, pues, y al pensar en nuestra felicidad próxima siento aumentar como nunca hubiera creído la ternura ya inmensa con que la amo.

»Ya nada nos separará si usted persiste en las intenciones que me manifestó, si la oposición de su padre no la detiene.

»¿Qué debo hacer? Y usted, ¿qué cuenta hacer también? Es usted mayor de edad y tiene derecho á obrar. Tan pronto como usted me lo diga, me informaré sobre las formalidades que hay que llenar y haré lo que usted me indique.

»¿Pero no cree usted que yo podría hacer ante todo una gestión cerca de su padre? Ahora que soy libre, sus intenciones pueden modificarse.

»Estoy dispuesto á todo lo que pueda unirme á usted, á todo lo que deba adelantar el advenimiento de nuestra felicidad, de esa felicidad que tan ganada nos tenemos los dos.

»Puede usted escribirme á mi casa, calle del Faubourg Saint Denis, n.º 115, donde he conservado mi antiguo cuarto.

»Mil besos del que la adora.—Edmundo.»

El ladrón de amor firmó por primera vez con el nombre de su hermano.

La contestación de Juana no se hizo esperar. La escribió en el acto y corrió á echarla ella misma al buzón de la estafeta más próxima, durante la ausencia de su padre.

La joven afirmaba de nuevo su amor y se congratulaba de la feliz noticia que acababa de recibir.

Dejaba al criterio y á la iniciativa de «Edmundo» todo lo que él creyese necesario hacer, pues ella ignoraba las prescripciones de la ley y no se atrevía, por lo demás, á tomar una resolución. Pero le suplía que activase las diligencias, cualesquiera que fueren las que él determinase, pues ansiaba cesar de sufrir y unirse á él.

Esta carta llenó de gozo el corazón del miserable. «¡Ahora será mía!...» se dijo con relampagueos de triunfo en los ojos.

En seguida se fué á ver al Sr. Laroche.

Luciano no había gastado casi nada del dinero enviado por su hermano. Poseía por tanto una cantidad suficiente para atender á los gastos que le incumbirían.

Correctamente vestido con un traje nuevo, se fué al bulevard de San Germán, á cosa de la una de la tarde, seguro de encontrar al padre de Juana de sobremesa.

(Se continuará.)

LA ÓPERA «SALOMÉ,» DE RICARDO STRAUSS

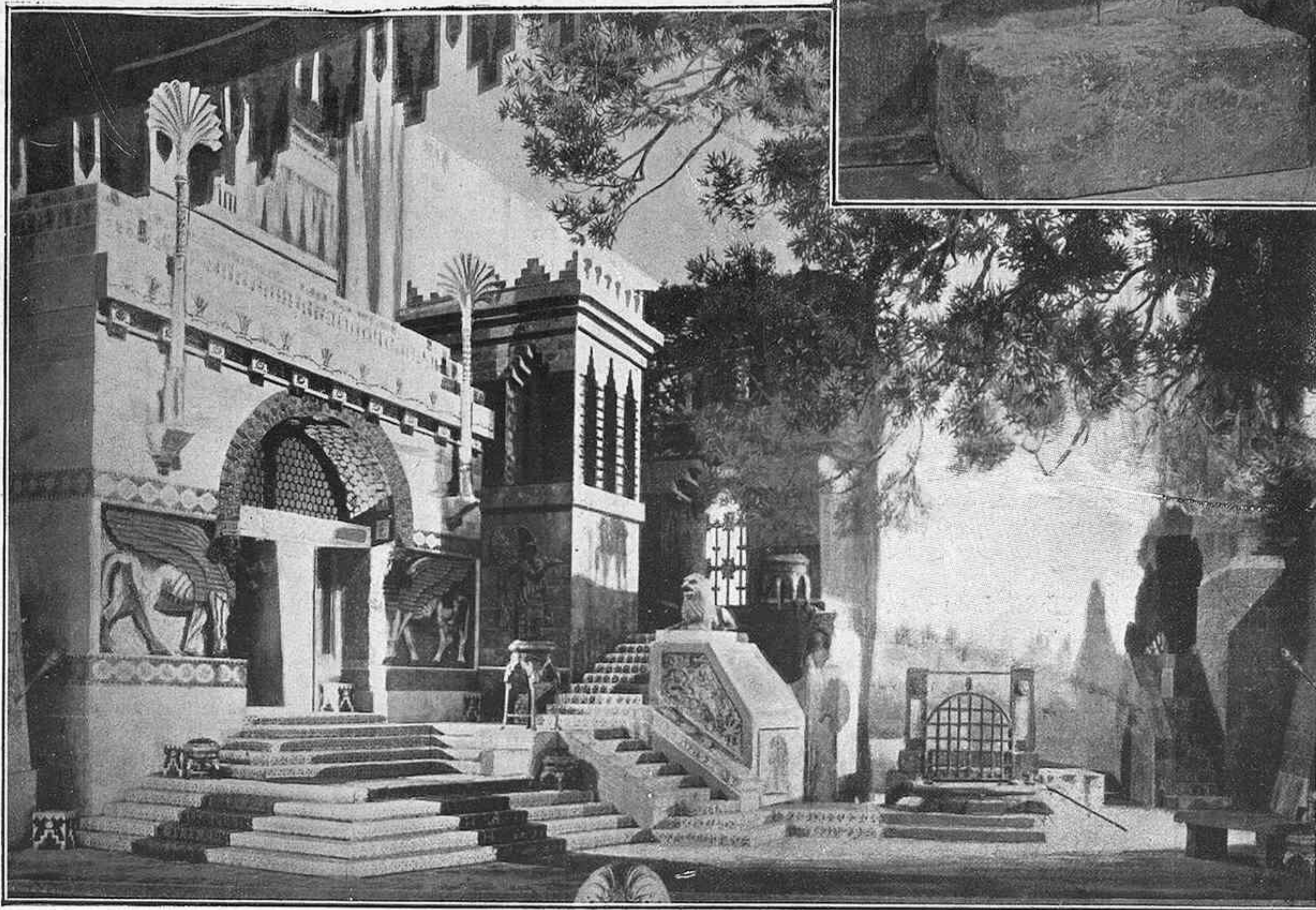
EN NUEVA YORK, CANTADA POR LA CÉLEBRE DIVA YANQUI MARY GARDEN

Dos empresarios de ópera disputan desde hace tiempo en Nueva York el favor del público con todo el encarnizamiento que en la lucha por el dólar ponen los norteamericanos: Hammerstein y Gatti Casazza, que tienen la empresa del Manhattan y del Metropolitan respectivamente. El año pasado, la ópera *Salomé*, de Strauss, fracasó en el Metropolitan; pero el fracaso no ha sido óbice para que en la temporada actual Hammerstein haya puesto en el Manhattan la misma obra, que esta vez ha alcanzado un éxito extraordinario. Débese éste, en gran parte, al acierto con que el empresario supo escoger para el papel de Salomé a la eminente *diva* yanqui Mary Garden, que hace del personaje una verdadera creación, y también a la magnificencia con que la ópera ha sido puesta en escena.

La curiosidad del público por asistir a la primera representación era tan grande, que por las localidades más modestas llegaron a pagarse 75 pesetas.



La célebre cantante norteamericana Mary Garden en la ópera *Salomé*, de Ricardo Strauss, que actualmente se representa con gran éxito en el teatro Manhattan, de Nueva York.



Decoración de la ópera «Salomé» en el teatro Manhattan de Nueva York (De fotografías de Brown Brothers.)

EL PINTOR RUSO MIGUEL WRUBEL

En la pintura rusa contemporánea corresponde uno de los primeros puestos a Miguel Wrubel. Dotado de un genio verdaderamente creador, de un talento decorativo extraordinario y de un sentimiento del color altamente desarrollado, abrió en el arte de su patria nuevos caminos e infundió en el carácter casi exclusivamente realista y naturalista, que constituía su esencia, el fresco manantial de su fantasía brillante y de su simbolismo idealista.

En él se juntaron una educación severamente académica, un profundo conocimiento de los antiguos maestros y ciertas influencias del arte este-asiático, especialmente del indio, formando la unión de todos estos varios elementos una individualidad de originalidad extraordinaria que ha dejado impreso en cada una de sus obras, sea un estudio del natural, sea una creación fantástica, lo mismo si se trata de un proyecto decorativo que de una ilustración ornamental, el sello de su factura subjetiva y de un estilo propio inconfundible.

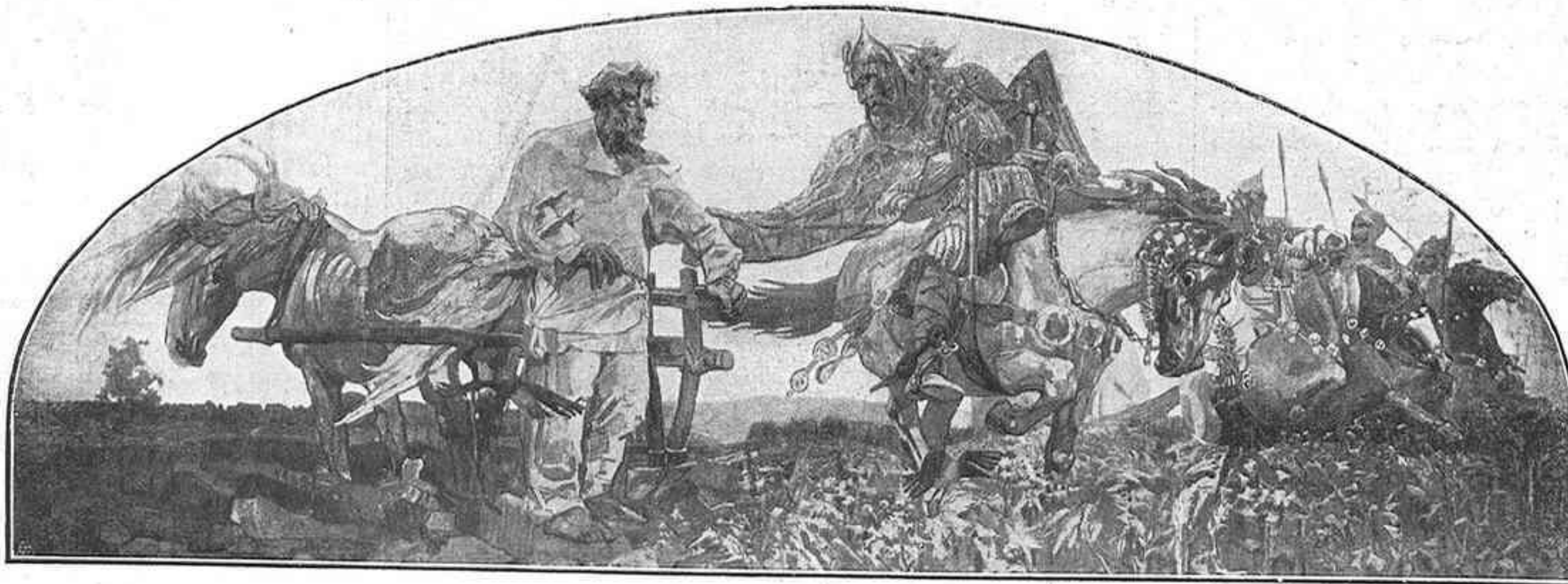
Pero la cualidad en él más saliente fué su talento decorativo, que se manifiesta de una manera magistral en las pinturas murales hierático-bizantinas de una iglesia de Kiew; en los *panneaux* de algunos palacios particulares de Moscou, en los cuales se admira, así la grandiosidad de la composición como el vigor del colorido, y en multitud de decoraciones plásticas de un género que casi podemos llamar especialmente suyo; porque Wrubel, además de la pintura, cultivó con admirable acierto el arte escultórico, aunque utilizándolo sólo como elemento ornamental.

des sostuvo una larga y titánica lucha, sin que le arredraran los obstáculos ni le hicieran desfallecer los desengaños. Puesta toda su alma en la persecución del ideal artístico que se había formado, no quiso hacer concesiones al vulgo, y antes que prostituir el arte a que rendía culto prefirió sucumbir.

Al fin su genio se impuso; pero era ya tarde para él. Cuando, después de tantos esfuerzos, comenzaba a sonreírle la fortuna, una enfermedad mortal puso término a su vida.

Wrubel fué una víctima de las circunstancias altamente desfavorables en que ha tenido que desenvolverse el arte ruso, y a propósito de las cuales un ilustre crítico artístico moscovita ha escrito las siguientes consideraciones:

«La implacable opresión que desde hace más de un siglo pesa en Rusia sobre todas las manifestaciones de la libre actividad del espíritu, ha debido de dejar sentir también su influencia en la creación artística. En todas partes deja todavía mucho que desear el tan necesario contacto íntimo entre el pueblo y el arte, pero en ninguna muéstrase el público ilustrado tan indiferente y aun hostil a los fines y a los ideales del arte moderno como en Rusia, y en



Mikula Selianinowitch (leyenda rusa), pintura de Miguel Wrubel

ninguna ha encontrado este arte tantos obstáculos a su desarrollo como aquí. Algunos de estos obstáculos han sido vencidos, mas ¡a costa de cuántos sacrificios! En estos últimos diez años, algo ha mejorado esta situación; pero la existencia de circunstancias normales, la creación de un terreno abonado para el ulterior desenvolvimiento del arte, está reservado a aquel porvenir dichoso que ha de transformar sobre modernos cimientos y fundir en nuevos moldes todos los aspectos de la vida política y de la vida pública rusa.»—T.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Rougemont núm. 14, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

APIOLINA CHAPOTEAUT



Regulariza el *flujo mensual*,
corta los *retrasos* y
supresiones asi como
los *dolores* y *cólicos*
que suelen coincidir con las
épocas.

PARIS, 8, Rue Vivienne
y en todas farmacias.

SALUD DE LAS SEÑORAS

ROB

BOYVEAU - LAFFECTEUR

* Célebre **Depurativo Vegetal**
cura las

ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpés, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C^{ie}, 102, R. Richelieu, Paris.
Todas Farmacias.

INFLUENZA ★ RACHITIS
ANEMIA ★ CLOROSIS

VINO AROUD

— CARNE - QUINA - HIERRO —

El más poderoso Regenerador.

◀ **ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE** ▶
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

UNA HERMOSA CABELLERA

El "HAIR GROWER" — la preparación más admirable contra la caída y flojedad del cabello las películas, y la calvicie.

CABELLO EXCASO Y FLOJO
ENTERAMENTE REGENERADO



L....

Muy Señor mio: Está en mi deber declarar á Vd que estoy satisfechísima de su preparación. La he empleado durante seis meses casi y la encuentro muy eficaz. Mis cabellos iban resultando excasos debido á una grave enfermedad, pero gracias á su maravilloso producto han vuelto á su natural vigor y actualmente están hermosos. Recomendando su verdadero "HAIR GROWER" á cuantos sufren de la caída del cabello pues es un remedio espléndido que merece su nombre. Puede Vd disponer como guste de esta carta. Quedo de Vd agradecida y aff^{tes} s. s.

Sta G. D.

Diríjese este anuncio á todas las personas de ambos sexos que habiendo ensayado numerosos remedios contra la calvicie y demás enfermedades del cuero cabelludo, no han conseguido ningún resultado satisfactorio. El "HAIR GROWER" es la fuerza concentrada que fertiliza el cabello. Aplicado al cuero cabelludo penetra en los poros, reconstituye en su estado normal las foliculas del cabello y da una cabellera abundante, suave y lustrosa que todos consideran, y con razón como prueba evidente de belleza y fuerza física. El "HAIR GROWER" es el alimento natural que nutre las raices del cabello no encierra ni veneno, ni tintura, es absolutamente inofensivo, y se le puede emplear con toda seguridad.

A los que están calvos y han probado sin resultado alguno todos los llamados regeneradores del cabello, tan alabados, á esos quiero curar yo. Que prueben mi verdadero "HAIR GROWER" y los fracasos pasados servirán precisamente para realzar todavía más el excepcional mérito de mi preparación, pues pronto notarán que les crece el pelo con sólo haber hecho algunas aplicaciones.

MUESTRA GRATIS

A esos mismos también se les ofrece hoy una ocasión única para convencerse sin gastar mucho, de que existe un verdadero regenerador del cabello. Tengo en mi poder centenares de cartas con testimonios elogiados de los que han usado con éxito mi preparación. Esas cartas son auténticas y pueden semctarse a cualquier investigación: los que me las han dirigido lo han hecho espontáneamente. En mi oficina de París están para quienes quieran leerlas. Para que Vd mismo pueda ensayarlo le mandaré, si me lo pide por tarjeta postal de diez centims una muestra gratis de mi verdadero "HAIR GROWER", y fácilmente podrá Vd declarar entonces con irrefragable demostración si mi aserto "que hace crecer el pelo" es ó no verdadero. Yo mismo estaba calvo, y el "HAIR GROWER" me lo curado como ha curado á otras personas. Se le hará á Vd el envío libre de gastos tan pronto como recibamos su pedido en el cual se servirá mencionar el titulo de este periódico el numero del Rayon en la dirección.

Consejos gratuitos.

JOHN CRAVEN-BURLEIGH

(RAYON 21), 8, RUE MÉNARS, PARIS

AVISO Á LAS SEÑORAS



EL ANIOL DE LOS RES
JORET-HOMOLLE

CURA
LOS DOLORES, REIARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ie} G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

PILULES de BLANCARD

APROBADAS
por la
Academia
de
MEDICINA

al IODURO de HIERRO
INALTERABLE

DESCONFIESE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & C^{ie}, 80, R. Bonaparte, Paris.

Date de 1849

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPÉLIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOSES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y tenso

Casa GANDES

B^{is} St-Denis, 16

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las DAMAS (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



Madrid.—El general D'Amade, ex general en jefe de las fuerzas francesas de Marruecos en la embajada de Francia
(De fotografía de Photo-Alhambra.)

De paso para Francia, y después de haber sido presentado en Sevilla á S. M. el rey D. Alfonso XIII, ha estado unas horas en Madrid el general D'Amade, hasta hace poco general en jefe de las fuerzas francesas en Marruecos.

Durante su corta estancia en aquella capital, el distinguido militar, que es persona ilustradísima, visitó el Museo del Prado, saludó en el Palacio á la reina D.^a María Cristina y fué obsequiado con un almuerzo en la embajada de Francia. Con el embajador, M. Revoil, y el general D'Amade sentáronse á la mesa el ministro de Estado, el capitán

general Sr. Villar y Villate, el gobernador militar general Sr. Bascarán, los ayudantes del rey generales Boado y Milans del Bosch, y el conde de Aybar; el comandante Silvestre, jefe de las fuerzas españolas en Casablanca, el Sr. Angulo, los ayudantes del general D'Amade capitán Bronssaud y teniente de navío Montcabrier, el personal de la embajada y el cónsul de Francia.

En la adjunta fotografía, el general está sentado entre el embajador M. Revoil y la embajadora.

En todas las Farmacias del Globo.

INSTRUCCIONES
JARABE DE LABARRE
Y sobre los sufrimientos de los Niños
FUMOUZE - PARIS

Primera Dentición

JARABE DELABARRE

Facilita la salida de los dientes
y previene todos los Accidentes de la Dentición.

Exíjanse el Nombre de Delabarre
y el Sello de la "Union des Fabricants".

VÍCTIMAS DE LA DESGRACIA

El que quiera poseer los secretos del amor, que la mala estrella le deje, ganar en juego y loterías, destruir ó echar un hado, aplastar á sus enemigos, tener suerte, riqueza, salud, belleza y dicha, escriba al mago Moorys's, 19, rue Mazagrán, París, que envía gratis su curioso librito.

REMEDIO DE ABISINIA

EXIBARD

SOBERANO CONTRA
CATARRO - ASMA - OPRESIÓN

30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.

Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

Las Personas que conocen las

PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Esputos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

HEMOSTÁTICA

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.